

cha, que se está efectuando ante nuestros ojos, vemos, en medio de los nuevos usos, destacarse los antiguos, sin que, ni unos ni otros, se excluyan ni atropellen, llenando cada cual el lugar que le corresponde para dar entonación al cuadro, destruyendo la monotonía que es enemiga de la belleza.

II.

Se nace padrino como se nace diplomático ó astrónomo. Hay carreras que no basta estudiarlas, se necesita tener vocación para ellas; y lo mismo hay cargos vocativos, que se llenan de muy diferente manera, que aquellos que son impuestos por deberes de amistad, ó exigencias sociales, aun cuando los unos y las otras sean voluntarios. Hemos dicho que se nace padrino como se nace diplomático ó astrónomo, y cuando esto sucede es de ver la fé, la constancia y el esmero con que se llenan los deberes de esta vocación.

El diplomático, que ha nacido tal, lo será siempre, para todo, y en todos los casos, por más que en su vida pise el suelo de una corte, ni tenga que desempeñar ninguna comisión cerca ni lejos de ningún soberano.

El astrónomo de vocacion, hará cálculos sobre la influencia de las estrellas; mirará el cielo cuando esté claro y cuando esté nublado; hará observaciones sobre el frio y el calor, sobre la lluvia y el viento; sabrá de memoria todas las tejas de su casa que baña la luna durante su cuarto creciente ó su plenilunio; y todo esto, aun cuando no sepa leer, ni haya tomado en su vida en las manos el más rudimentario almanaque.

Ahora bien; el padrino de nacimiento, pertenece á una especie que le dá cinco y raya á la de los astrónomos y los diplomáticos.

El que ha nacido con vocacion para ser padrino tiene cierto sello particular que le delata; le adivinan los que han de ser sus compadres, aun antes de que necesiten de sus servicios, y están seguros de que aceptará el cargo con alegría. El padrino por vocacion, se diferencia del que lo es por compromiso, como se diferencia lo blanco de lo negro. El segundo, deja que todo lo hagan los demás, no encargándose él de nada de cuanto le concierne, mientras el primero se ocupa él solo de todo: todo lo dirige, todo lo vigila, nada descuida de cuanto le atañe, ni de lo que incumbe á las personas que le dan

el honorífico cargo de que se muestra tan orgulloso.

III.

Existe en una de las provincias de Extremadura, en el pequeño pueblo de R...., uno de esos tipos dignos de estudio de que nos estamos ocupando. El *padrino por vocacion*, que dejará sin duda alguna á la posteridad recuerdos imperecederos por el celo y religiosidad con que llenó siempre la mision de introducir en el gremio de la iglesia á los pequeños catecúmenos que le fueron encomendados.

Soltero, buen mozo, de genio franco, alegre y campechano, el Sr. Pepe Viera, que tal es su nombre, se ha hecho un deber de apadrinar á toda la presente generacion de R... y lo hace con toda la buena fé que atesoran los honrados compatriotas de Hernan Cortés.

Desde el momento en que nuestro hombre entra en el desempeño de sus funciones, estas absorben por completo todas sus facultades, porque quiere, como él dice, dejar bien puesto el pabellon, y nada perdona para conseguirlo.

No es seguramente tan fácil empresa salir airoso de un bautizo en esta bendita tierra, en donde la miseria es desconocida, y el más pobre tiene las trojes llenas de dorado trigo y la chimenea adornada, y no con telas de araña, sino con riquísimos jamones, sazonados lomos, y sabrosos y bien condimentados chorizos. El bautizo es, pues, un acto que ha de celebrarse con rumbo, y el ser rumboso es el primer deber del padrino.

Como quiera que nuestro héroe ha sido tantas veces padrino, todo el mundo sabe su flaco, y tan pronto como una jóven se casa y siente los primeros anuncios de la maternidad, piensa en Pepe Viera para que le acristiane su heredero, y aprovechando la primera coyuntura le hace su proposicion en esta forma:

—Pues es el caso, Sr. Pepe Viera, dice, poniéndose colorada como una amapola: es el caso, que mi Antonio y yo hemos pensado en V. para que sea padrino de lo que nazca.

—Lo seré, *chacha*, (abreviativo de muchacha) lo seré, responde nuestro buen padrino. Os habeis empeñado todos en *empericutarme* á la *potestá* de compadre y *manque* me lo quite de mi comer, yo no sé negarme, vamos...

(El Sr. Pepe Viera tiene un diccionario para su uso particular.)

—Y ¿tienes ya madrina, *chacho*? dice dirigiéndose al marido.

—¡Oh! lo que es con V. todas las más reales mozas de R... querrán serlo.

—Gracias. Pues mira; vé buscándola, y cuando sea, ya me avisarás ¿eh?

—Bueno, compadre.

—Hombre, todavía no lo soy.

—¿Cómo no? ¿Pues no lo fué V. con mi Rosa, de Luisa la Rubia? Pues ahora, compadre y recompadre.

—Bueno, bueno, contesta Viera muy ufano, porque empezaba ya á verse en su elemento.

IV.

Llegó por fin el día feliz. La jóven casada salió de su cuidado, y Antonio, más orgulloso que su compatriota, despues de haber quemado las naves en el golfo mejicano, corre á buscar al Sr. Pepe Viera, que está muy de *parlada* en casa de uno de sus numerosos compadres.

—A la paz de Dios, caballeros, dice Antonio muy sofocado.

—¿Qué hay, *chacho*?

—¿Qué ha de haber? Que ya tiene V. y todos estos señores un servidor más.

(El servidor es un muñeco que cuenta unos treinta minutos de edad).

—Que sea en horabuena, *chacho*, dicen á coro todos los presentes. Y la madre, ¿cómo está?

—Pues bien, gracias á Dios: cuando salga á misa hemos de llevarle al Cristo una buena vela, porque el *paso* ha sido durillo, pero feliz, eso sí, y el chico es más fuerte... vaya, si llora ya como si tuviera un año. Con que compadre ¿viene V.?

La comadre está rabiando por enseñarle su muñeco.

—Ea, pues, vamos allá, *chacho*.

Desde aquel momento el Sr. Pepe Viera no se dá punto de reposo, ni se pertenece á sí mismo. Los preparativos del bautizo le absorben por completo, y solo piensa en la manera de que el acto sea lucido.

—¿Y á quién se convida, *chachos*?

—Pues á quien usted quiera. Usted manda, compadre.

Y así es la verdad; en R... el padrino, desde que lo es de un bautizo, se convierte en omnímada autoridad de aquella casa.

—No, *chachos*, no; es cosa vuestra.

—Quite usted allá, compadre; le digo que los que usted quiera, y solo esos serán los convidados.

—Pues bien; vendrá, si os parece, la Fulana, que es tu prima, segun creo.

—Sí, señor.

—Y la Zutana tambien, ¿no?

—Sí, señor.

—Y Juan, Rosa y Joselito, y Luisa la Rubia, y su hermana Catalina, y el maestro Blas, y el compadre Balsera, José Antonio Vargas, y el Pintadillo y su hermana Micaela, y los dos sacristanes, que son tus amigos. ¿No es eso, comadre?

—Sí, señor.

—Y Domingo el de la huerta, que toca tan bien la guitarra, y Tomás Caminillos, el que canta en la funcion del Cristo, y los hijos de Pablote, los que hicieron las comedias el dia del Corpus. En fin, *chachos*, es necesario que las cosas se hagan bien, ó no hacerlas. Por algo es padrino del chico Pepe Viera.

—Tiene usted razon, compadre, dice la parida.

—¡Ya lo creo! añade su esposo, y que mi hijo lo merece todo. ¿No es verdad, mujer?

Dámelo acá, que no me harto de mirarlo. ¡Y cuidado si es guapo!

—Como que se parece á la comadre, exclama galantemente el padrino; á propósito, y la madrina, ¿quién es?

—La Feliciano, la del *Cojito*. En cuanto que la habló mi madre, dijo que sí, sobre todo siendo usted el padrino.

—Bueno; pues mañana haremos la *convidaa*, y el domingo tienes santo al chico.

Es de advertir que no siendo un caso de muerte, los bautizos siempre se celebran en domingo.

La *convidaa* se hace de noche, por ser la hora en que todo el mundo vuelve del trabajo, y tiene lugar en la forma que vamos á decir.

V.

La *convidaa* es una de las costumbres más originales de la provincia de B... Lo mismo para las bodas que para los bautizos, todo el rumbo, toda la solemnidad, está en la *convidaa*. En el primer caso, son los novios, acompañados de los padres, ó de alguna persona de respeto, los que emprenden esta especie de peregrinacion, yendo de casa en

casa de parientes y amigos; en los bautizos les corresponde á los padrinos, acompañados tambien de algun miembro de la familia.

Vestida la madrina con sus mejores galas, bizarra y fresca, como una verdadera flor de los campos, marcha, cogida de la mano del compadre, que tambien se ha echado encima hasta el *fondo del cofre*, sin olvidar la tradicional capa, ya tenga lugar el bautizo en Diciembre, ya se efectúe en Julio. En esta forma, y seguidos, ó más bien precedidos del tamborilero del pueblo, y si el padrino es rumboso, de cuantos músicos puedan reunirse, van de casa en casa de las personas que desean convidar, y despues de los saludos de ordenanza, el padrino hace la señal, y los músicos atruenan los oidos de los circunstantes por espacio de cinco minutos, hasta que á otra señal del consabido padrino se restablece el silencio y la invitacion queda ya hecha.

Como el Sr. Pepe Viera es el padrino más rumboso de la provincia, los bautizos en R... son verdaderas fiestas populares, en las que el número de convidados forma una larga procesion cuando van á la iglesia. El órgano deja oír sus graves notas durante la ceremonia, cubriendo con ellas el rabioso llanto

del catacúmeno, que no siempre recibe las caricias del agua fresca con evangélica resignación, y cubren también el latín bárbaro en que suele contestar el sacristán á las preguntas del cura.

Personaje obligado en todos los bautizos de R... es la partera; y nadie, sino ella, pone las manos en el recién nacido para vestirle *los trapos de cristianar*, y llevarlo á la iglesia, sin soltarlo de los brazos ni un solo momento, hasta que, de vuelta á la casa de los padres, se le entrega al padrino, para que éste, á su vez, lo haga á la madre, diciendo en tono de salmodia: «Comadre, aquí tiene V. á su hijo: me lo llevé moro y se lo vuelvo cristiano. Dios lo haga un santo.»

VI.

Terminada la ceremonia religiosa, se da suelta á la alegría, y es de ver todo el ruido y animación que hay en la casa, siempre que el padrino sea lo que se llama *un hombre*. Como el bautizo tiene lugar á la caída de la tarde, cuando concluye es ya la hora de cenar, y si no lo es se adelanta la hora. El banquete empieza por un refresco, y termina por una *fritada* que, ni pará frailes geróni-

mos; y como menudean las libaciones, la alegría sube de punto.

La partera que, según hemos dicho, es un personaje importante, ocupa, frente al padrino, el sitio de preferencia en la mesa, y por lo tanto, ella es la que lanza la primera *saeta*, cuando se trata de improvisar coplas al recién nacido, á los padres, á la madrina, y después sucesivamente á las muchachas guapas de la reunión. La partera que conocíamos nosotros en R..., cuando estudiamos del natural este boceto, se llamaba *la Pilara* (suponemos que sería una corrupción de María del Pilar) y era lo más apropiado para animar el cuadro. Colorada y gordita, tenía una voz de timbre metálico, que se hacía escuchar sobre todos los ruidos; así que, cuando desde su asiento exclamaba, dirigiéndose al padrino, ¡*bomba!* todos callaban esperando la improvisación. Mas hé aquí que el Sr. Pepe Viera, padrino modelo é inimitable es, sin embargo, el peor poeta del mundo, y no solo su cacumen es incapaz de fabricar una mala aleluya, sino que, careciendo en absoluto de oído, destroza lastimosamente cuantos versos recita, alargándolos ó acortándolos, según su omnimoda voluntad. Para la solemne ceremonia de que con tanto placer se ocupa, se ha enamorado

de una octavilla italiana harto conocida, que él cree de circunstancias, y hasta se ha llegado á figurar que le debe la existencia, es decir, que la ha improvisado. Dicha octavilla creemos que es de Quevedo y empieza así:

«Blanca flor, cuando naciste,» etc.

Pues bien, nuestro hombre, tan pronto como la *Pilara* dice la palabra sacramental ¡bomba! *empercútase* muy ufano, y empuñando un vaso, sin duda para inspirarse, exclama:

«¡Oh flor y qué mal naciste,
y cuán fatal fué tu suerte
que al primer paso que diste
te encontraste con la muerte!
Si te dejó, es trance triste;
si te cojió, es trance fuerte;
si te dejó con la vida,
es dejarte con la muerte.»

(Sin duda por las peregrinas alteraciones introducidas por él en esta bellísima composición, la cree de su cosecha.)

—¡Bravo! ¡bien por el padrino! dicen á coro todos los convidados. No hay como el Sr. Pepe Viera para estas cosas, añaden las mujeres, poseidas de entusiasmo.

—¡Si es mucho hombre mi compadre! exclama desde el lecho la parida.

—En verdad que casi te habíamos olvidado, *chacha*, dice *la Pilara*. A ver, Sr. Pepe Viera, una saeta para Rosa y para el ahijado.

Repítense entonces los apuros para nuestro héroe; pero acordándose de su improvisación, vuelve á empuñar el vaso y comienza de nuevo :

—¡Oh flor! y qué mal naciste
.....

El vaso está vacío: es necesario llenarle con un compuesto de vino, agua y canela, para ofrecérselo á la parida, que no puede aun disfrutar por completo del banquete. Los convidados se acercan en procesion al lecho, y despues de besar por primera vez al recién acristianado, van depositando sobre la cama cada cual el regalo que hace á la jóven madre, y que ella guarda y conserva como preciosas reliquias; dándose el caso de que los hijos de sus hijos, hereden alguno de los objetos que recibió una parida en el bautizo del primogénito.

En R... hay la originalísima costumbre de que el padrino, cuando es rumboso, regala á la comadre, entre otras cosas, de más ó

menos valor, una caja de guantes. Figúrense, pues, nuestros lectores, si esto no estuviera autorizado por el uso, cuán extraño debería parecer tal regalo cuando se tratase de una pobre labradora. Sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre, que á nadie se le ocurre pensar en lo raro del objeto; y la caja de los guantes, que tiene por lo menos seis pares, es admirada por todos: la abren y la cierran cien veces; aspiran el delicado perfume que encierra el contenido, y con un sentimiento, que participa á la vez de la admiracion y de la envidia, despues de pasar de mano en mano, se la entregan á la parida, repitiéndola en todos los tonos las felicitaciones.

Con la entrega de los regalos termina la fiesta. Los convidados se dispersan: el padrino dá galantemente el brazo á la madrina para acompañarla hasta su casa, y hasta otra vez.

Todos los padrinos llenan en Extremadura los requisitos impuestos por la costumbre; pero segun decimos antes, el padrino por vocacion es el que le dá más carácter, contribuyendo á que no se pierdan ni alteren. Estas figuras típicas son, sin duda alguna, tan útiles como necesarias para mantener

en toda su pureza los usos tradicionales, en los que no puede negarse que va encarnado el amor á la patria, amor que de ninguna manera creemos que esté en contradicción con los adelantos del progreso.

ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

¿Qué hay nuevo bajo el sol? Partiendo, pues, de este principio, deberíamos dejar la pluma, porque ni lo que vamos á decir es nuevo, ni puede serlo tampoco la forma en que lo hagamos. Cuantos artículos de costumbres han ilustrado las columnas de los periódicos desde hace más de cuarenta años, han escrito y descrito la popular romería de San Isidro, y cada cual lo ha hecho segun que las galas de su imaginacion eran más ó menos vistosas ó ricas. *Figaro*, *El curioso Parlante*, Villergas, y hasta el melancólico poeta Ruiz Aguilera, han dibujado tan de mano maestra ese cuadro de costumbres populares, que se necesita toda la audacia de la ignorancia para atreverse á intentar un nuevo bosquejo. Sin embargo, lo hacemos, porque á donde no llegan las fuerzas, llegará la voluntad.



Hoy, que el cosmopolitismo destruye las costumbres, como el barreno y la pólvora destruyen las barreras naturales que separaban á los pueblos, estas fiestas gráficas, que tan al vivo retratan el carácter, uso é inclinaciones de un pueblo de ellas apasionado, con tanta rapidez van desapareciendo, que muy pronto tendremos que acudir para recordarlas á los libros curiosos que algun anticuario haya conservado en el rincón de su biblioteca. En Madrid ya solo en los cuadros de Velazquez y de Goya puede verse lo que era la romería de *Santiago el Verde*, la Pradera del Corregidor, la fiesta de *San Fermin* en el Prado de su nombre, y la verbena de San Gerónimo en el Salon del Prado. La romería de San Antonio, á orillas del Manzanares, y las verbenas de San Juan y San Pedro en el Prado y en la Plaza Mayor, ni un solo rasgo conservan de su antiguo carácter, y hasta *El Entierro de la Sardina*, en la pradera del Canal, en la tarde del miércoles de Ceniza, ha cambiado de forma típica, conservando solo lo que tiene de orgía, sin guardar nada de su antigua originalidad.

Únicamente la romería de San Isidro ofrece aún cierta semejanza con lo que de ella nos cuentan los escritores que antes hemos

citado, y con los cuadros de Velazquez y de Goya. Y decimos cierta semejanza, porque sobran para su perspectiva los refinamientos que hoy ha introducido el lujo, despojando á esta clase de panorama de su natural sencillez; pero en fin, tal como hoy se celebra la popular romería del Santo Patron de ésta coronada villa, trataremos de describirla, toda vez que ya hemos dado comienzo, y para no perder el trabajo y el tiempo empleados en este largo prólogo.

Con un cielo diáfano y un sol espléndido y dorado como el de la India, empieza en la mañana del 15 de Mayo el movimiento de coches, calesas, ómnibus y toda clase, en fin, de vehículos que, situados en largas filas desde la Cuesta de la Vega hasta la Puerta del Sol, se disponen á trasportar á la concurrencia hasta la Pradera del *Santo*. A manera que el dia avanza, la barahunda crece, el calor aprieta, los cocheros gritan más fuerte, y el tumulto, el rodar de los coches, las voces de los vendedores, y el afan de llegar lo antes posible á la fiesta, hacen de aquella parte de Madrid una nueva Babel, en donde todos hablan y ninguno se entiende.

Es verdaderamente bello el aspecto que ofrece, visto desde el Cubo de la Almudena,

el camino que conduce á la ermita de San Isidro. De sesenta á setenta mil almas invaden, ya á pié, ya en carruaje, todos los senderos y todos los caminos. La familia del artesano, que lleva su correspondiente cesta de provisiones; la airosa *chula*, que hoy ha sustituido á la antigua *manola*, la compuesta sirvienta, la graciosa costurera y la encopetada dama, enriquecen el cuadro con lo vistoso de sus atavíos de fiesta. La carretera, y los cuatro ó seis caminos que llevan á la Pradera, se asemejan á largas serpientes de múltiples y vivos colores, que se arrastran desde la villa hasta el campo, dispuestas á envolver entre sus anillos el rio, el puente, los cerros inmediatos á la ermita, y hasta la mansion de los muertos. No es el cementerio el sitio en que menos ruido y algazara se mete, toda vez que, apoyándose en sus blancos muros, se levanta una gigantesca tienda de campaña que encierra un salon de baile.

Pintar todas y cada una de las diferentes escenas que, á la vez, se representan en aquel vasto escenario al aire libre, es tan imposible como lo seria copiar á la vez todas las notas que, de sus argentinas gargantas, dejan escapar los alados habitantes de un bosque, en una risueña mañana de primavera. Aquí un

ciego que canta; allí un grupo que ríe; más allá un corro en que se baila la jota aragonesa, mientras, á diez pasos de distancia, walsan veinte parejas, y otras tantas zarandeán unas manchegas que no hay más que pedir. Aquí se come, allí se grita, más allá se disputa, á la derecha se juega, á la izquierda se duerme. El ruido crece, se eleva, se estiende; ya no es rumor ni vocerío, es delirio, locura, algarabía infernal, ensordecedora, embriaguez, orgía, bacanal completa. Los organillos ambulantes, la charanga de los bailes, las guitarras de los ciegos, los diez ó doce mil silbatos que lanzan al aire sus agudísimas notas; las voces diversas y desentonadas de los músicos de taberna, al lado de las frescas y argentinas de las alegres muchachas que cantan los aires populares; los perros que ladran, los chicos que lloran, los borrachos que disputan; los vendedores de agua, de barquillos, de torrados, de naranjas, de frutas, de juguetes, de rosquillas y de silbatos, que anuncian todos á la vez sus mercancías; el *tan-tan* á la puerta de los panoramas, neoramas, figuras de cera, niños con dos cabezas, linternas mágicas, mujeres que pesan cien arrobas, elefantes que hablan, cetáceos que escriben en castellano, y

otras mil maravillas más, anunciadas con tambores y trompetas, más ruidosas que, de seguro, han de serlo las del juicio final, y que si no hacen resucitar á los muertos, pueden muy bien hacer morir á los vivos; y sobre todo esto, las campanas de la ermita echadas á vuelo con tal furor capaz de ensordecer á la imágen de piedra que corona la entrada.

Hé aquí, queridos lectores, lo que es hoy la romería de San Isidro, patron de la muy noble y muy heróica villa del oso y del madroño. Para hacerla más ruidosa, más pintoresca, más gráfica, se han adunado las costumbres antiguas y las modernas. A la guitarra se han unido el organillo y la murga; á las manchegas y las jotas, los bailes de sala con todas sus pretensiones; á la antigua caleza y el coche de colleras, la berlina y el ómnibus. Los merenderos, figones y botillerías que, bajo toscos techos de esteras, ofrecían un abrigo contra los abrasadores rayos del sol, y aun contra los chaparrones de la tempestad, están hoy reforzados por verdaderas fondas, restaurants, cafés, horchaterías y confiterías de lujo. A la estera ha reemplazado los bastidores pintados. Hoy se arma una fonda como se abre un paraguas. Los trages, como los objetos, han variado ó se han unido

y el cuadro no puede ser más pintoresco.

Además, las proporciones de la fiesta tambien han crecido. La romería de San Isidro duraba solo un dia, lo más dos, si estaba inmediato el domingo. Hoy dura ocho y á veces más, lo que dará, seguramente, una proporcion igual en aumento de pesadumbres, porque esta brillante medalla tiene su reverso: este cuadro tiene sombras. Una mirada, una palabra, un gesto, produce una disputa, y una disputa una puñalada, que deja viuda á una esposa, huérfanas á infelices criaturas, y perdido para siempre el porvenir y el honor de dos familias, la del muerto y la del matador. Pero el pueblo necesita sus fiestas, y aun ha de pasar mucho tiempo antes de que la civilizacion le haga comprender que la alegría no es la orgía, que el placer no es la embriaguez, que la fiesta no es la bacanal. Mas estamos haciendo consideraciones, y en verdad que no fué esto lo que nos propusimos al comenzar, y por lo tanto hacemos punto final.

Nosotros reseñamos la romería: que los filósofos deduzcan las consecuencias.

LAS GLORIAS DE CASTILLA.

I.

A pesar del epígrafe que encabeza estas líneas, no vamos á ocuparnos en ellas de lo que quizá se figure el lector. Por mucha que sea nuestra audacia, y por más que el título de castellanos pudiera servirnos de disculpa, nunca nos atreveríamos á tratar así, á la ligera, en unos cuantos párrafos, ni el más pequeño de esos hechos gloriosos de los cuales está llena esa tierra en donde escribió el Cid sus hazañas con su espada. La patria de los Bravos y los Padillas necesita, como Aquiles y la Grecia, Homeros que la canten; y hacer otra cosa es profanar la memoria de sus héroes. Las glorias castellanas, que están grabadas en las ruinas de cien fortalezas, en sus campos empapados en sangre enemiga, en las móviles olas del mar de Lepanto, en las

vegas de Granada, en los campos de Sagunto y en otros innumerables lugares, no han podido encerrarse en los límites de la historia. El nombre de Castilla ha llenado un dia este viejo continente; ha atravesado los mares, y en alas del valor y de la fama ha corrido á extenderse por las dilatadas selvas de la virgen América. ¿Cómo, pues, habíamos de osar nosotros hablar de las glorias de Castilla en lo que se refiere al nombre, valor y hazañas de sus hijos, con relacion á ningun tiempo, ni á ningun período de su gloriosa historia? Lo que, tras el epígrafe que encabeza estas líneas vamos á trazar, es un ligero cuadro de costumbres próximo á borrarse bajo la despiadada mano del tiempo. ¿Y por qué no decirlo? del progreso, cuya mision reformadora, lo mismo alcanza al suntuoso edificio, á la histórica casa solariega, cuyo pesado *escuson* atestiguaba el ominoso privilegio del señor sobre el villano, que á la modesta vivienda del humilde labrador y del desconocido *pechero*.

II.

EL HOGAR.

El hogar ha sido en todos los tiempos el

ara santa en donde se ha rendido culto á la religion de la familia y de la amistad. En torno del hogar vemos, desde los tiempos más remotos, reunirse los hombres y fraternizar entre sí, aun en aquellas épocas lejanas en que la civilizacion era un mito, una cosa en estado tan embrionario, que solo ofrecia la confusa forma de algo que tardaria muchos siglos en definirse con precision.

La historia antigua nos presenta á los rudos habitantes de la vieja Armórica reunidos en torno del hogar, para que el viajero, detenido por fuerza en su camino, les refiera lo que ha visto y oido en sus correrías; los usos, las costumbres, los trajes y las luchas de otros paises. Allí, junto al fuego, en silencio, y con religioso recogimiento, escuchan la narracion y la graban en su memoria para referirla á sus hijos y á los hijos de sus hijos. El galo, tan feroz, que bebe con salvaje placer la sangre, humeante aun, de su enemigo vencido, vuelve despues de la lucha taciturno y sombrío; arroja en un rincon su tosca lanza y su pesado escudo; encadena su mastin de guerra; mira con torva faz en derredor, como si aun no hubiera matado bastante, aunque sus nervudos brazos se hallan teñidos de sangre hasta el codo; pero allá, en el fondo

de su rústica estancia, vé cómo brilla el fuego del hogar, y se dulcifica su mirada, se desarruga su frente, lava sus enrojecidas manos, y sentándose cerca de las llamas, acaricia á sus hijos, sonríe á su esposa, vuelve, en fin, á ser hombre dejando de ser fiera; y este verdadero prodigio lo ha realizado el ara santa del hogar.

Para el árabe nómada que, sin casa ni familia, corre día y noche por los arenales del desierto, librándose de la intemperie bajo la tosca tienda de pieles, haciendo la guerra á las fieras y á los hombres, vestido apenas, y alimentándose de las escasas frutas que halla á su paso, la hoguera encendida, cuando el sol esconde en los mares su cabellera de fuego, es lo que para él constituye la patria, la familia, el lazo de unión con sus semejantes; y tendido cerca de las llamas, piensa en esos mundos desconocidos que puebla la fantasía de tan diversos modos: mas para pensar, el árabe necesita de la presencia del fuego, de la imagen del hogar. El chino, el egipcio, el indio, lo mismo que el habitante de la Groenlandia, todos los hombres y todos los pueblos rinden tributo al símbolo de la fraternidad, representado en el fuego del hogar.

III.

DEDUCCIONES.

De todo lo dicho, y de lo mucho que aun pudiéramos añadir, se deduce que el hogar es una necesidad en el hombre, y que el fuego, que representa la vida, la eternidad del espíritu y de la materia en sus infinitas transformaciones, necesita un ara en donde se le rinda culto permanente. Ahora bien; esta ara tiene, ha tenido y tendrá muy diversas formas, tantas como son los diferentes pueblos del globo; formas que han variado hasta el infinito, á medida que lo han hecho indispensable el refinamiento, la cultura y el aumento de las necesidades de la vida.

Durante muchos años, el hogar lo constituyó una ancha piedra, sobre la cual se encendia el fuego. En derredor se agrupaban los miembros de la familia y los amigos, tratándose de este modo los asuntos de mayor gravedad. Esta fué la forma primitiva en casi todos los pueblos de la antigüedad.

La invasion de los bárbaros del Norte trajo, á lo que entonces se llamaba el mundo civilizado, el uso ó la invencion de las chimeneas; y durante toda la Edad media vemos

reunirse debajo de su ancha campana al señor y al vasallo, al prelado y al guerrero. En el palacio y en la choza, en la ciudad y en la aldea, el hogar, con su ancha piedra, y su negro dosel, representaba el templo de la familia. El feudalismo tenía millares de esos ennegrecidos monumentos, en los que se apuraba todo el gusto y riqueza del arte. Ostentosos escudos de piedra, recargados de simbólicos atributos, mármoles preciosos, bronces, dorados y esculturas, nada era bastante para decorar las colosales chimeneas de aquellos grandes salones, en cada uno de los cuales podría fabricarse cómodamente uno de nuestros modernos palacios.

Pasó la Edad media, y con ella sus costumbres: las Cruzadas, las guerras de Oriente y Occidente, las invasiones, las luchas de todo género habían modificado los usos de los pueblos. La riqueza, más dividida, creó necesidades nuevas: los gremios, los comunes, el municipio y otra porción de instituciones, hijas del progreso, dieron una nueva organización á la sociedad, y de todas ellas nació la clase media, cambiando casi por completo la manera de ser de la vida íntima. La independendencia individual redujo las viviendas. Ya no fueron necesarios aquellos

inmensos edificios, en donde se albergaban pueblos enteros de siervos y criados dependientes de un solo señor; por lo tanto la vida cambió también. Achicadas las habitaciones, el hogar tomó otra forma. La colosal chimenea fué sustituida en las ciudades con el estrado, y en él la ancha copa de cobre, ó el brasero de plata, segun las facultades de cada uno. La reunion de la familia y los amigos junto al fuego continuó en lo que se llama tertulia; el trabajo de criados y señores que antes ocupaba aquellas horas, fué reemplazado por los juegos de naipes, dados, damas, agridrez, asalto y otros varios: de este modo el fuego sagrado se mantenía y custodiaba lo más alegremente posible, y la tradicion no se rompía. Esta misma tradicion fué la que creó las *Glorias de Castilla*, de las cuales ya es hora que nos ocupemos.

IV.

En las ciudades, *las glorias*, fueron siempre casi desconocidas, porque la distribucion de los aposentos las hacia innecesarias, lo mismo en las clases acomodadas que entre el pueblo; pero en las aldeas, ó mejor dicho en los lugares de Castilla, pues en las dos Cas-

tillas son desconocidas esas pequeñas aldehuelas que tanto abundan en otros países, y que consisten en un grupo de diez ó doce casas, en los pueblos de Castilla, repetimos, *las glorias* han llenado, durante mucho tiempo, el importante papel de mantener el fuego sagrado: veamos cómo.

En los grandes lugares habia varias de estas *glorias*. Las tenian todos los labradores medianamente acomodados, el cura, el escribano, el boticario, el mayorazgo, el *señor*, y toda persona, en fin, que contaba con algunos recursos para vivir, y casa propia en donde pudiera fabricarla.

En una espaciosa habitacion de planta baja, más larga que ancha, dos terceras partes de su extension se dedicaban á *la gloria*. Sobre el piso se alzaba una especie de estrado de ladrillo, al que se subia con una escalerilla portátil de dos ó tres escalones. Este estrado, hueco por debajo, se caldeaba por medio de una boca de horno, en la que se introducía leña de sarmiento y paja menuda. El humo se escapaba por un ancho tubo de alfarería que, implantado en la pared á la cabecera del estrado, subia taladrando la techumbre, hasta el tejado. Una válvula de hierro acortaba, cuando era necesario, la in-

tensidad del fuego, interceptando el aire, ó le reanimaba dejándola abierta: la boca del horno se cubria, asimismo, por una plancha de hierro ó de madera.

La gloria era, y aun es, en donde todavía existe, el barómetro de la fortuna que revela el estado de los negocios de la casa, y hasta la situacion de ánimo de la familia.

Todo el lujo, todo el refinamiento de las comodidades se guardaba para aquel lugar. El pavimento se cubria de espesas y mullidas pieles de cordero con su blanco y rizado vellon: las paredes, salpicadas de lienzos ó estampas de más ó menos mérito, encerradas en anchos marcos, le daban el aspecto de un museo en miniatura. El ancho sillón de brazos, tachonado de clavos de cobre, brillantes como el oro; la mesa de luciente nogal; las sillas de paja blanca y ancho respaldo, cuyo asiento cubrian cómodos almohadones; mullidos cogines para los piés, nada, en fin se omitia para hacerle agradable. Encerrados en aquel espacio casi todos los objetos de valor de la casa, el lujo con que *la gloria* estaba alhajada, daba, segun antes hemos dicho, la medida de la fortuna y posicion de sus dueños; así como el gusto, simetría, esmero y limpieza de estos mismos objetos, decian

claramente si reinaba buena armonía en la familia.

El aspecto de *la gloria*, en la casa de un labrador acomodado, era risueño, alegre, tranquilo, patriarcal. Figúrense nuestros lectores en una noche de invierno aquel estrado que, por su altura, parecía indicar que quería ser visto. Sobre una ancha mesa de nogal, pulimentada por el uso, hay un enorme belón de cuatro mecheros, que reparte la luz á todos los ángulos. Las paredes, blancas como la nieve, devuelven los rayos luminosos alegrándolo todo, y no permitiendo que la sombra se apodere del más pequeño rincón.

Por eso pueden verse de un extremo á otro del techo, y corriendo á lo largo de las paredes en forma de graciosos pabellones, largas cuerdas, de las cuales penden dorados racimos, alternando con aromáticos membrillos, rojas y lustrosas manzanas, enormes y sabrosas peras, ciruelas envueltas cuidadosamente en pequeños cucuruchos de papel, para que no pierdan su delicado jugo; y todo esto, á la par que alegra la vista y aromatiza la estancia, ofrece la perspectiva de regalados postres para la familia. Las frutas colgadas, es uno de los ornatos predilectos de *las glorias de Castilla*.

En medio de este risueño cuadro, en un extremo de la *gloria*, el ama de la casa hace labor, teniendo sobre sus rodillas la histórica almohadilla de tela, rellena de lana en rama. Cerca de ella, hermosos niños juegan sentados en el suelo sobre las mullidas pieles, mientras una niña, algo mayor, devana, dando vueltas al argadillo, la madeja de blanco y lustroso lino que, algunos meses antes ha hilado la sexagenaria abuela que ahora vemos dormitando en su ancho sillón. Sobre el regazo de la anciana, un hermoso gato duerme tranquilamente, manifestando su satisfacción, con ese arrullo particular á la raza felina, que vulgarmente se llama *hacer el carro*. Un hermoso mastín, de cabeza inteligente y mirada dulce, como la de un amigo, yace tendido á los piés del amo, que, en compañía de tres hombres más, ocupan los cuatro costados de la mesa, entretenidos en un juego cualquiera, donde solo se atraviesan algunos cuartos; pero que dá motivo á sonoras carcajadas, á frases alegres y animadísima conversacion. Al lado de los niños, una rolliza criada murmura en voz baja algun cuento extravagante y con él los entretiene hasta la hora de acostarlos: algunas amigas de la casa, haciendo tambien labor,

discuten con la dueña sobre asuntos de familia; tratan de los sucesos del día, de las bodas que habrán de verificarse pronto, del precio de los artículos del mercado, y hablan, sobre todo, de las gracias de sus hijos, materia siempre nueva é inagotable para las madres. Entre tanto se oye fuera mugir el viento, el agua azota las paredes, mientras en el horno chisporrotean alegremente los sarmientos, y las llamas rojas y lascivas, besan los bordes de la boca ennegrecida, y es necesario taparla para que retrocedan, y cerrar la válvula por que ha llegado la hora del descanso.

Este cuadro risueño, tranquilo, tiene algo de patriarcal y primitivo. Aquella escala ascendente de la familia; aquella abuela que dormita al calor del fuego, representando el cansancio, mientras que sus hijos, fuertes y robustos, son la imágen de la vida en todo su vigor, y los hermosos niños, alegres y sonrosados, simbolizan la esperanza y el porvenir, son la historia viviente de la humanidad; el ayer, el hoy y el mañana, enseñándonos á respetar la marcha del tiempo con todos sus accidentes.

Los domingos, la reunion comenzaba por la tarde y era más numerosa. En *la gloria*

pasaban la mayor parte del día los parientes y amigos: los jóvenes se entretenían en juegos de prendas: las niñas, en un apartado rincón, establecían sus casitas de muñecas, mientras los ancianos, al derredor de la mesa, daban tormento á una baraja ó á las fichas de un dominó.

Llegada la hora de la cena, esta era patriarcal: se ponían tantos cubiertos como personas estaban en la casa, y con añadir algunas magras más, el banquete era completo: el pan y el vino abundaban siempre, tanto como la buena voluntad, y esto era lo esencial. Un brazado de sarmientos arrojados al hornillo elevaba la temperatura, y unos cuantos tragos alegraban los ánimos: los viejos decían *chascarrillos*, y los niños, con su charla infantil, hacían las delicias de sus madres: todos, en fin, se hallaban verdaderamente en *la gloria*, y era de ver la pereza que sentían unos y otros para decidirse á abandonarla.

Tal es, trazado á grandes rasgos, el cuadro que, hasta la mitad de este siglo, presentaban todavía en muchos pueblos de Castilla *las glorias*, última forma del hogar de familia que hasta hoy hemos alcanzado, y que va desapareciendo, borrado por la mano del

tiempo y del progreso que ha creado otras necesidades.

No entraremos ahora á discutir si lo que venga será mejor ó peor; nada hay malo ni bueno en absoluto, porque el bien y el mal son relativos como todo en la vida. A otros tiempos otros usos. Solo hemos querido hacer un ligero boceto de costumbres, justificando así el epígrafe que dimos al presente capítulo, tituléndole *Las glorias de Castilla*.

LA NIÑA DE LA PANDERETA.

I.

Más de una celebrada artista de las que han llenado un día el mundo con su nombre, tuvieron por primer escenario de sus triunfos el empedrado de las calles y las encrucijadas de los caminos. En las plazas públicas y en en las ferias y mercados escucharon los primeros aplausos algunas de esas sacerdotisas de *Terpsicore*, que más tarde han visto á sus piés á príncipes y banqueros implorando su amor; y muchas de las diosas de ese Olimpo que se llama teatro, que hoy caminan sobre alfombras cubiertas de flores, y por entre nubes de incienso, han empezado su carrera teniendo por espectadores á los pilluelos y á los mozos de esquina. La fortuna caprichosa prodiga sus favores con los ojos cerrados, y para conseguirlos no basta merecerlos. La gloria, casi tan caprichosa como la fortuna, y

mujer al fin, no suele ser mucho más discreta en la distribución de sus dones; pero es, sí, menos ciega: por eso la gloria suele alcanzarla el mérito; pero la fortuna no es siempre el premio de la virtud, ni siquiera la recompensa del trabajo.

Quando en cien ampulosas biografías vemos consignados los primeros triunfos alcanzados por un artista de moda, sea hombre ó mujer; cuando nos dan los periódicos esos minuciosos detalles de su vida; cuando algunas veces hallamos en ellos la singularidad de que tal artista pasó su infancia en la miseria, y que su genio se reveló por una inesperada casualidad, partiendo desde allí su gloria y su fortuna; cuando vemos que en esos dolorosos detalles halla ocasion la gacetilla para entonar cánticos en loor de la diosa casualidad, tomando el efecto por la causa, no podemos menos de estremecernos ante un recuerdo que conservamos de nuestra juventud. Cierto es que esas casualidades existen; cierto es que algunas niñas abandonadas han subido desde el fango de la vía pública, desde el empedrado de las calles, hasta el templo de la gloria; pero ¡cuántas habrán perecido asfixiadas en ese mismo fango, magulladas por ese mismo empedrado!

II.

Hace algun tiempo recorria las calles de esta muy noble y muy heróica villa, una niña de once á doce años, conocida por *la niña de la pandereta*. Acompañábala un hermano suyo, algo mayor, al cual le faltaba la pierna izquierda, que le habia sido amputada por el segundo tercio del muslo. Ambos á dos eran sevillanos, y habian nacido, segun se supo despues, en el célebre barrio de San Bernardo, que es uno de los más nombrados de aquella ciudad. *La niña de la pandereta* y su hermano eran huérfanos, y ganaban la vida bailando en las calles y en las plazas, profesion que habian preferido á la de mendigar. El desgraciado cojito era un muchacho que podria tener unos quince á diez y seis años, y que, á no faltarle la pierna, hubiera sido un hermoso adolescente. Su estatura elegante, su cuerpo flexible y ágil, y su bien proporcionado busto, revelaban una naturaleza rica en sávia, y dispuesta á llegar á su más completo desarrollo. Su hermosa cabeza, sostenida por un cuello redondo y mórbido como el de una mujer, parecia tallada en ese mármol oscuro del que los escultores se sirven

con preferencia para labrar las esfinges egipcias. Los ojos, las cejas, las pestañas y el cabello eran de un negro brillante con reflejos azulados; y la boca encarnada, algo grande y guarnecida de blancos y menudos dientes, mostraba en sus extremos un ligero repliegue, señal inequívoca de firmeza de voluntad, tanto más notable, cuanto que se trataba de un hombre que era casi un niño. Ligeró bozo negro sombreaba su labio superior, y todos los signos de la adolescencia que se notaban en él, revelaban un carácter enérgicamente resuelto.

El mismo tipo de belleza era el de la niña; pero tan perfecto, tan acabado, que no parecía sino que la naturaleza la había formado despacio para hacerla más hermosa. El cutis de Loreto, que tal era el nombre de la niña de la pandereta, al contrario del de su hermano, tenía el blanco mate de los pétalos de la azucena: sus hermosos ojos, de un negro aterciopelado, eran de una dulzura infinita: sedosas pestañas sombreaban la mirada, dándole una expresión de pureza y de candor admirables. Menudas perlas, engastadas en el coral-rosa más bello, ornaban una boca fresca y húmeda, como lo está la entreabierto flor del granado en una mañana de Junio, cuan-



do no ha recibido los primeros besos del sol, y sus mejillas de nieve presentaban la forma de un óvalo perfecto. Esta deliciosa cabeza, de conjunto tan acabado, descansaba sobre un cuerpo de formas bellísimas, esculturales, perfectas, hasta más allá de lo que puede ir la imaginación. Era una niña admirablemente hermosa, y prometía ser una mujer irresistible.

Los dos niños eran muy conocidos en Madrid por una porción de singularidades que les separaban del vulgo de los chicuelos que, como ellos, se ganaban la vida cantando y bailando por las calles y las plazas. Nuestros jóvenes, en primer lugar, estaban vestidos con un aseo y una pulcritud desusados entre los de su clase. Tenían, tanto el uno como el otro, maneras distinguidas hasta cierto punto, no usando jamás ademanes cínicos, ni frases mal sonantes, cosa tan común, por desgracia, y que parece patrimonio exclusivo de ciertas profesiones.

Bernardo, que así se llamaba el cojito, vestía un bonito traje sevillano, con sus botines, ó mejor dicho, su botín de *caireles*, su pantalón ajustado, faja de seda encarnada, chaqueta con alamares y el histórico sombrero gacho, realzándolo todo una camisa

blanca como la nieve, de bordada pechera, en la que lucían dos botoncitos de oro y coral.

Más primoroso aún, más lindo, más risueño y encantador, era el traje de la niña. Una falda de muselina blanca con ramitos azules, salpicada de lazos de cinta del mismo color, amontonaba sus flexibles pliegues en torno de una cinturita que podía muy bien aprisionarse en el hueco de la mano: una preciosa chaquetilla de paño de seda negro, guarnecida primorosamente de botones de plata en forma de cascabel, y por la que asomaba la bordada gorguera de un camisolin de batista, ceñía el torneado talle, dibujando las ya redondas formas. De sus mangas, algo cortas, salía una mano blanca, suave y torneada, verdadera mano de andaluza, y el principio de un bracito que envidiaría un escultor para dársele á una *Hebe*, colocada en aptitud de escanciar el néctar de los dioses. Unas bonitas medias de seda y unos microscópicos zapatitos de charol, encerraban un pié del tamaño de una almendra, pequeño, arqueado, mórbido, y en cuya deliciosa carnosidad se hundían las estrechas *galgas* que aprisionaban el gracioso tobillo, perdiéndose debajo de la falda. Por último, dos trenzas de cabellos negros, lustrosos, naturalmente on-

deados, y tan largos que lamian el borde del vestido, acababan de realzar la encantadora belleza de la pequeña bailarina. Dos lazos de cinta azul, iguales á los que adornaban la falda, sirviendo de remate á las trenzas, las sujetaban, doblándolas un poco para impedir que tocasen en el suelo.

Nos hemos detenido en describir tan minuciosamente el traje de *la niña de la pandereta*, porque habia llamado en Madrid la atencion general; y el dia que fué necesario dar sus señas, miles de personas las describian con precisa exactitud.

Como los dos niños eran muy queridos, como Bernardo tocaba muy bien la pandereta y Loreto bailaba con tal primor que era una verdadera sílfide, ganaban no solamente lo necesario para sus gastos de traje, posada y comida, sino que hasta pagaban un chico que, caminando con ellos, llevaba un gran pedazo de alfombra que extendia para que bailase la niña, luego que habian elegido el sitio conveniente. Este detalle era una deferencia del niño á la niña, del hermano á la hermana; un rasgo delicadísimo que decia cuánto Bernardo amaba á su pequeña Loreto. Para apreciar justamente este cariño era necesario verle rodear á aquel sér delicioso

y frágil de todas las ternuras y cuidados de una madre. Mientras ella bailaba, Bernardo la seguía con mirada atenta, dulce, protectora, y al propio tiempo llena de orgullo. Sonreía satisfecho siempre que oía murmurar á su lado «¡qué niña tan hermosa!» Si alguno añadía «¡qué lástima que baile en las calles!» sus ojos se llenaban de lágrimas; pero si una frase grosera ó mal sonante hería sus oídos, haciendo alusión á la belleza de la jovencita; si una chanzoneta obscena resonaba en el corro que en derredor de ellos se había formado, entonces un rayo de ira encendía su mirada, y en el fiero ademán de toda su persona podía verse una sorda cólera pronta á estallar. Por fortuna esto sucedía raras veces, porque, según hemos dicho antes, los niños eran muy queridos en Madrid, y particularmente de las gentes del pueblo. Todos los días recorrían durante algunas horas las calles más céntricas de la capital, haciendo su cotidiano trabajo, terminando con una excursión al Prado ó á la Plaza de Oriente.

Allí, después de terminar el baile, se sentaban los dos hermanos para contemplar los juegos de las niñas. Loreto miraba con sus rasgados y hermosos ojos, cómo aquellas niñas, muchas de las cuales eran de su mis-

ma edad, hacian, para divertirse, lo mismo que ella ejecutaba para ganarse la vida. Entonces, detrás de su mirada dulce, se adivinaba algo sombrío y triste, como una ráfaga de envidia; pero volvía la cabeza, y viendo á su hermano esta nube se disipaba. Bernardo, á su vez, tambien se quedaba pensativo: quizá adivinaba la tristeza de la niña; quizá pensaba en su porvenir.

III.

De este modo pasaba el tiempo, y Loreto iba creciendo en edad y belleza: Si Víctor Hugo no hubiera escrito su gran novela *Nuestra Señora de París* mucho antes de que ocurriera lo que estamos refiriendo, bien podia suponerse que Loreto habia servido de original para el retrato de *La Esmeralda*. La gracia, unida al candor, realzaban de hora en hora los encantos de la hermosa niña, y cada dia eran más frecuentes las exclamaciones que arrancaba á sus admiradores. Era, en verdad, muy sensible que tan deliciosa criatura estuviera continuamente expuesta á las miradas de un público grosero, escuchando palabras licenciosas y chanzonetas brutales.

Bernardo pensaba en esto diariamente, y al fin parece que tomó un partido. Según se decía, un torero muy conocido y estimado, más aún que por su fama de diestro, que era mucha, por su noble y caritativo corazón, protegía á los dos niños, como paisanos suyos, pues él habia nacido también en el barrio de San Bernardo de Sevilla. Quedó, pues, decidido entre el cojito y su protector que Loreto dejaría de bailar en las calles, y que se la tomaría un profesor por algunos meses, hasta que estuviera en disposición de entrar en un teatro, en donde, de seguro, haría fortuna. *La niña de la pandereta* iba, pues, á retirarse de la escena de las calles y plazas, para aparecer más tarde ante un público que reconocería mejor su mérito. Sin embargo, esto no sucedió.

IV.

Madrid es demasiado pequeño para que un individuo que ha pertenecido, hasta cierto punto, al público, desaparezca sin que se le eche de menos. *La niña de la pandereta*, cesó de bailar en las calles, y el público se apercibió muy pronto de ello. En uno de los puntos más céntricos de la capital, habia ocurri-

do cierta mañana un suceso bastante extraño. Bernardo y Loreto se habian presentado á bailar, como siempre, y muy pronto el corro que se formó en su derredor fué numerosísimo. Bravos y palmadas resonaban por todos lados. El cojito tocó de una manera admirable, y su hermana desplegó una gracia tan seductora, que al verla se creia mirarla por la primera vez. Terminado el baile, Loreto tomó la pandereta, que la servia de bandeja, y que la habiadado nombre, y sofocada por el violento ejercicio que acababa de hacer, y ruborosa por las palabras y las miradas que los espectadores la dirigian, comenzó su cuestacion. Las monedas caian como una lluvia en el fondo del pandero, y la niña daba las gracias con una sonrisa. Así dió la vuelta al corro, y salió de él para recibir algo que se la ofrecia desde más léjos. Todos la miraron alejarse, pero nadie la vió volver.

v.

El suceso se comentó largamente. Bernardo buscó á su hermana por todas partes. Recorrió Madrid casa por casa, le removió piedra por piedra, dió parte á las autoridades; la policia tomó cartas en el asunto; el célebre

torero de que hemos hablado empleó toda su influencia, pero la niña no pareció. De la calle céntrica en que, por última vez, bailó Loreto, se cerró una casa y sus dueñas salieron desterradas de la córte; pero esto fué todo.

Bernardo, el pobre cojito, estuvo á punto de sucumbir de dolor; mas la cólera le sostuvo: habia jurado encontrar á su hermana ó vengarla, y no queria morir sin llevar á cabo su juramento. Su protector le amparó; le llevó consigo fuera de Madrid y procuró calmarle. El infeliz niño gastaba toda su energía en inútiles pesquisas y en estériles gemidos. Pero ¿qué habia sido de Loreto? ¿Se habia tragado la tierra á la hermosa niña de la pandereta?

Durante un mes, por lo menos, se habló en Madrid de este suceso: despues se fué olvidando poco á poco, y por último se hicieron algunos comentarios nada caritativos, y nadie se acordó más de aquellos dos huérfanos que, durante más de tres años, habian recorrido las calles de la capital, y que casi eran hijos adoptivos del público que les habia proporcionado pan y albergue.

VI.

Hemos dado á esta narracion de un hecho cierto, una forma casi novelesca, y su desenlace parecerá á nuestros lectores más novelesco aún. Pero tal es la vida, y nada hay que pueda inventar la más fantástica imaginacion que se acerque á la realidad en peripecias dramáticas, sobre todo si se refiere á la desgracia. Por uno de esos azares de la suerte, á nosotros solo nos fué dado conocer el trágico fin de la niña de la pandereta, pues su pobre hermano murió sin hallarla y sin saber quiénes fueran los malvados que le robaron su tesoro. En cuanto á su protector, salió de la Península con la seguridad de que Loreto habia muerto.

VII.

Habian pasado cerca de dos años, y era el 8 de Marzo. Una mañana espléndida y perfumada por las tempranas brisas, mensajeras alegres de la hermosa primavera, daba á Madrid un aspecto risueño y animado.

La calle de Atocha, en la parte que ocupa la plaza de Anton-Martin estaba vestida

de fiesta. Los balcones, engalanados con vistosas colgaduras, anunciaban el paso de una procesion, y el alegre clamoreo de las campanas de las próximas iglesias de Monserrate, Loreto y San Juan de Dios, confirmaban la idea que hacian concebir las colgaduras. El piso estaba cubierto de menuda arena, y salpicado aquí y allá de plantas aromáticas y deshojadas flores: por la puerta de la iglesia de San Juan de Dios se escapaban nubes de oloroso incienso. Con efecto; era la fiesta del santo Patron del hospital que lleva su nombre.

En dicho dia 8 de Marzo, hay entrada general en el establecimiento; siendo una verdadera festividad para los pobres enfermos.

Desde nuestra infancia, por costumbre tradicional de familia, hemos pertenecido á la junta de damas hospitalarias, y en calidad de tal, asistíamos á la visita que el pueblo hacia á las infelices enfermas, procurando contener en su justo límite la curiosidad que podia molestarlas, y dirigiendo entre tanto algunas preguntas á las directoras de las salas, para saber qué necesidades se podrian remediar.

El contacto inmediato de las directoras

con las enfermas, las hace conocerlas con bastante exactitud, y casi siempre sus datos son acertados. Pasábamos, pues, de unas salas á otras, cuando al llegar á la llamada de la Concepcion, una enferma, la que ocupaba la cama número 17, llamó á la directora para decirle que el número 19 estaba peor. En efecto, acercámonos á la cama indicada, y vimos que debajo de la colcha blanca que, aquel dia, como de gala, cubria el lecho, se revolvía en horribles convulsiones una desgraciada criatura. Sus padecimientos debian ser horrorosos, porque, á pesar de que tenia la cabeza cubierta con las ropas, se escuchaban los gritos ahogados que la arrancaba el dolor.

—¡Cuánto sufre la desventurada niña! dijo la directora.

—¡Cómo! ¿Es una niña? interrogamos nosotras.

—Sí, una niña; apenas contará trece ó catorce años, y hace ya veintitres meses que está en la cama.

—¡Veintitres meses! dijimos nosotros

—¡Ah! Sí, afirmó la directora. Vea Vd. *la tablilla*. Estas horribles enfermedades son tan tenaces que, lo más frecuente, es ver algunas de estas infelices mujeres permanecer

en el hospital uno, dos y hasta tres años.

Nosotros nos horrorizamos al escuchar esta respuesta. Vivamente interesados por lo que acabamos de oír, y sobre todo, por la pobre niña que ocupaba la cama número 19, preguntamos lo que se sabía de ella en la casa. Entonces la directora nos refirió que hacia veintitres meses que, un mozo de cordel se había presentado llevando, casi en los brazos, á una infeliz criatura, víctima de una de esas terribles enfermedades que aquejan á las desdichadas que han descendido hasta los últimos escalones del vicio. Que dicha enfermedad presentaba en la niña un aspecto tan monstruoso, que los médicos se habían sorprendido. La mayor parte del mal lo tenía la infeliz en la boca, por lo que fué imposible durante mucho tiempo que pudiera articular ni una sola palabra, ni tomar alimento alguno. Dolorosas alternativas de mejoría y retroceso la tenían clavada en el lecho, y desde hacia algunos dias estaba mucho peor, temiéndose un funesto desenlace.

—Lo incomprensible, añadió la directora, es que tan crueles padecimientos no hayan sido bastantes á destruir la maravillosa hermosura de esta niña: es un verdadero ángel. ¡Qué ojos! ¡qué cabellos! ¡qué formas! Y di-

ciendo así, separó las ropas con que la enferma envolvía su cabeza.

Lo primero que hirió nuestras miradas fueron dos bellísimas trenzas de cabellos negros, lustrosos y pesados que, como una serpiente, se enroscaban en derredor de su garganta, cubriendo parte de los descarnados hombros. Debajo de una frente blanca y tersa como el marfil, se abrian dos ojos negros, aterciopelados, y tan grandes, que parecia que no debian tener espacio suficiente en aquel rostro demacrado. La boca y parte de las mejillas estaban cubiertas por un vendaje de forma especial para permitir la respiracion.

—Y ¿cómo se llama esta niña? preguntamos nosotros, heridos por un lejano recuerdo, que habian despertado aquellos hermosos ojos y magníficos cabellos.

—El número 19, respondió la directora. Estas infelices no tienen nombre mientras permanecen en la casa. Cuando salen curadas, en el *alta* se consigna el que ellas dicen, y, unido á dicho documento, se convierte en un padron de infamia que las hace hundirse un poco más en el fango.

Aquella mujer tenia razon. ¡Pobres séres! Nosotros continuábamos mirando á la niña,

porque el recuerdo atormentaba nuestro cerebro. De pronto un nombre se acercó á nuestros lábios, y casi maquinalmente exclamamos: ¡Loreto!

Un grito ahogado por el vendaje que oprimia su boca, nos contestó. Teníamos ante nuestros ojos á la *niña de la pandereta*. Entonces nos lo explicamos todo. La infeliz habia sido robada para satisfacer el capricho de un libertino, cuyo nombre sonó á la desaparicion de la niña; pero estaba muy alto y Loreto muy baja: ¡como que bailaba en las calles y plazas! ¡El fango de las calles la asfixió y el duro empedrado magulló sus pobres miembros!

Dos dias despues murió Loreto. Nosotros habíamos encargado á la directora de la sala que nos diera noticia de la enferma del número 19, y por ella lo supimos. Bernardo habia muerto tambien hacia más de un año, y el célebre torero, que tanto habia querido á los dos hermanos, se hallaba entonces en la Habana, de donde no debia volver. Nadie, pues, reclamó el cadáver de la niña que, caliente aún, ocupaba ya el mármol de la mesa de diseccion en el Colegio de San Carlos. ¡Pobre Loreto! ¡Pobre niña de la pandereta!



LAS HOGUERAS DE SAN ANTON.

COSTUMBRES CASTELLANAS.

•San Anton tenia un cochino
al que daba sopa en vino,
y le ponía borrachon.
¡Viva el cochino
de San Anton!•

I.

Sin los horribles versos que anteceden, aun cuando un natural de la ciudad de Castilla la Vieja, de que vamos á ocuparnos, leyera el presente artículo, es muy posible que no reconociera lo que en él trataremos de describir.

Que las costumbres tienen una gran importancia en la historia de los pueblos, es de todo punto innegable. Los más concienzudos historiadores no solo no se atreven á prescindir de ellas cuando describen un período dado, sino que las deslindan, separando las de cada pueblo entre sí; porque de su conocimiento dependen muchas veces los medios

para aclarar la raza que fundó dichos pueblos, y el camino que han recorrido á través de las vicisitudes de los tiempos.

Nosotros, que somos observadores por temperamento, viendo la persistencia con que, de generacion en generacion, han pasado algunas de las que conocemos, que en las viejas crónicas las hemos hallado con las mismas formas que hoy afectan, y que en este último cuarto de siglo, en el que todo se ha conmovido, pasando los hechos y las cosas con vertiginosa rapidez, en nada, sin embargo, ha variado, creemos que las costumbres no pueden borrarse, y que, si tal sucediera, vendria en pos la confusion más absoluta.

El hombre es cosmopolita; su naturaleza se adapta á todos los climas; se nutre con todos los frutos; es susceptible de aprender todos los idiomas, y se doblaga por interés, ó por hábito, á todos los usos. Pero esto, que es puramente individual, no afecta en nada á la manera de ser de los pueblos en colectividad. Las costumbres forman, pues, los pueblos, y estos, á su vez, forman y sostienen las costumbres, siendo coetáneos unos de otros en su existencia, sin que pueda romperse este estrecho nudo que los une.

Cuando la civilizacion y el progreso bor-

ran en los grandes centros, ó por absurdas ó por viejas, ciertas costumbres, siempre queda un rincon en la pequeña capital, en el lugar apartado, ó en la casi desconocida aldea, en donde se las rinde culto.

España es uno de los pueblos que más veneracion guarda á las costumbres tradicionales. En nada entra para ello el que este-mos más ó menos atrasados. Cuando España era el emporio de la cultura y el saber, sucedia lo mismo; el culto á los usos de nuestros antepasados es en nosotros una segunda religion. De aquí, sin duda, el que aún hoy se conserven muchos que parecen extravagancias y signos de barbarie.

II.

No nos ha sido posible, por más que lo hemos procurado, averiguar el verdadero origen de las hogueras con que en Palencia se celebra la víspera del dia de San Antonio Abad. A nuestras reiteradas preguntas los más ancianos nos han respondido que no lo sabian, asegurando que ellos, á su vez, procuraron indagarlo de sus mayores sin obtener resultado. Los devotos cofrades del santo anacoreta dan á las hogueras diferentes significa-

ciones. Unos dicen que representan las llamas del infierno, con las que el mal espíritu amenazaba y queria intimidar continuamente al Santo, mientras que otros aseguran, por el contrario, que son un recuerdo que, de las penas del purgatorio, el cenobita queria tener constantemente á la vista para no sucumbir á las tentaciones de Satanás, para lo cual encendia todas las noches una fogata cerca de la entrada de la cueva que habitaba. Mas sea de esto lo que quiera, el caso es que en Palencia se celebra la víspera de San Anton con hogueras, y que pasan los años y la costumbre continúa en toda su pureza en la forma siguiente.

III.

Apenas ha comenzado el crepúsculo de la tarde del día 16 de Enero, cuando á la puerta de cada casa, en todas las calles y las plazas de la ciudad, sin distincion de sitios céntricos ó excéntricos, empiezan á aglomerarse combustibles de todos géneros.

Durante un año se ha estado pensando en la *hoguera* de San Anton, y reuniendo elementos para hacerla más grande y espléndida. Además del alegre sarmiento, cuya azu-

lada llama se eleva en elegantes espirales, mil diferentes objetos vienen en su ayuda. La silla desvencijada, el banco, al que se le rompió una pata, la mesa que corrió la misma suerte, el barril que contuvo el sabroso escabeche ó las aromosas aceitunas, los marcos viejos, los utensilios estropeados, el telar inservible, la devanadera inválida, el catre de tijera roto, el *carro* y el *paseo* que sirvieron al último vástago de la familia antes de correr sin andadores, la cesta de mimbres, en la que, durante doce meses, se llevó la compra diaria, el *escriño* del lavado, la banasta de la colada, el *cuévano* de la vendimia, las esteras viejas, el pandero roto, la carraca y el tamboril del niño, que lo dejó inservible casi adrede: todo, en fin, cuanto es susceptible de arder, de levantar llama, de aumentar la hoguera, es sacrificado sin piedad, con alegría, con cierto salvaje placer que raya en barbarie.

Reunidos en monton en la puerta de cada vecino todos estos heterogéneos elementos, se espera con febril impaciencia á que sue- nen las nueve en los relojes de torre. Enton- ces es de ver el afán, la cómica gravedad con que un individuo de la casa emprende la ta- rea de encender la *hoguera*. El que ha podido

conseguir un trozo de piel embreada, residuo de alguna vieja corambre, se muestra más orgulloso de su conquista que lo estaria un veterano de sus cruces y sus cuchilladas. Aplica, pues, á la hoguera la histórica y tradicional pajuela, y si el viento no le ayuda, no teme el vecino comprometer su dignidad soplando con la boca, é inflando los carrillos á manera de mascarón de fuente, hasta conseguir que el fuego prenda y las llamas eleven sus rojizas espirales, envueltas en negro y denso humo, retorciéndose en mil caprichosas formas.

IV.

Figurémonos que ya están encendidas las *hogueras*. En las 104 calles que componen el casco de la población, en sus plazuelas, corrales y callejones, no hallaremos un solo rincón oscuro. El más pobre habrá encontrado en su desván un puñado de paja, un haz de sarmientos y un mueble desvencijado con que levantar la *hoguerita*. Pero en donde puede admirarse todo el entusiasmo que el venerable cenobita inspira á los palentinos, es en las puertas de los ricos labradores y de los acaudalados fabricantes de mantas; los

primeros y los segundos rivalizan en esplendor y luchan á porfía para ver quién levantará mayor hoguera. El labrador nada economiza: un centenar de *manojos*, los restos de los aperos viejos, algunos brazados de paja, y sobre todo esto los enormes *cuévanos* y cubetos que sirvieron para acarrear la uva en la vendimia y que al inutilizarse se les destina para el sacrificio, forman un enorme monton de combustible. Las hambrientas llamas, recorriendo esta gigantesca pira, se retuercen en mil caprichosos juegos de luz, y por último, se elevan hasta llegar á la altura de los primeros y segundos pisos de las casas. El fabricante de la *Puebla*, si no tiene *cuévanos*, lleva una verdadera pirámide de sarmientos, cuya llama, alegre y provocadora, alumbraba como el día, festoneando con sus mil ondulaciones de luz y sombras las fachadas de las casas contiguas.

V.

Cuando la difícil operacion de encender las hogueras ha sido llevada á feliz término, gritos de alegría resuenan por todas partes. Centenares de guitarras y panderos dejan oír sus provocativos acordes, y veinte bailes se

improvisan á la vez. Estas danzas, vistas á la vacilante luz de las hogueras, tienen algo de fantástico. Grandes cordones de niños, cogidos de las manos, forman círculo alrededor del fuego, riendo, chillando y cantando en coro la detestable quintilla que colocamos al principio de estas líneas, mientras que los mozos luchan á porfía para salvar, saltando, el foco de las llamas.

Sentados á las puertas de las casas los ancianos y personas graves, contemplan tranquilamente esta, que pudiéramos llamar orgía *del fuego*, á que se entrega la juventud; encontrando muy natural todo aquello que han visto ejecutar anualmente desde su infancia.

Cuando un grupo ha bailado y saltado alrededor de una hoguera de su calle y de su barrio, marcha para hacer otro tanto en otras calles y barrios, recorriendo de este modo toda la población durante tres horas por lo ménos, es decir, desde las nueve á las doce de la noche.

Mientras el pueblo se entrega de este modo á su tradicional diversion, la aristocracia no se desdeña de recorrer paseando las calles principales para gozar del alegre espectáculo, y en los balcones, mujeres jóvenes y hermo-

sas, alumbradas de un modo algo fantástico por la movible luz de las hogueras, dejan ver sus bellos semblantes, animados por el calor de una atmósfera que, á pesar de la estacion, llega á hacerse tibia.

Las campanas parroquiales, echadas á vuelo, dejan oír su alegre clamoreo por encima de las músicas y los gritos de los muchachos, y la ciudad entera parece presa de un vértigo. Despues las llamas se extinguen; los pobres recogen, en braseros de barro ó de hierro, las brasas y el rescoldo, para calentarse en sus miserables viviendas, y la ciudad queda sumida en las tinieblas, que parecen más densas, cuanto mayores fueron los focos de luz que la alumbraban momentos antes. La noche de San Anton ha terminado.

Al dia siguiente se celebra la funcion de iglesia por la cofradía del Santo; tienen lugar las *vueltas*; se comen los panecillos; se da al ganado caballar y mular la cebada bendita; se rifa el cerdo entre los cofrades, y el agraciado lo cede entre los mismos al mejor postor, entrando el importe en la caja de la cofradía para destinarlo á la fiesta del año siguiente; y cuando llega la época, el mayordomo compra un cochinillo pequeñito, le corta las orejas y el rabo, y le pone en medio de la

vía pública. Todo el vecindario de Palencia sabe que el cochino de San Anton vive de limosna; todos los chicos le dan un pedazo de pan; los vendedores una fruta; los hortelanos una patata ó una col; las amas de casa los desperdicios de la mesa; duerme en cualquier cuadra, y cuando llega el 17 de Enero, el cochino de San Anton, pesa trece ó catorce arrobas, y su carne es sabrosa como ninguna.

I.

Tal es, descrita á grandes rasgos, la fiesta de San Antonio Abad en Palencia. Hemos titulado á este artículo *Las hogueras* y no la fiesta, porque las primeras son las que dan verdadero carácter á la segunda, y por ser las fogatas una costumbre casi exclusiva de dicha ciudad; pues si bien en Vitoria y otras poblaciones encienden hogueras la víspera de San Anton, no lo hacen, ni con tanto entusiasmo, ni es tan general, limitándose á levantar fogatas los labradores en los barrios extremos.

Aparte de las conjeturas más ó ménos acertadas que sobre la costumbre de las hogueras puedan hacerse, lo más probable

es que traigan su origen de la dominacion romana; porque hemos observado que dicha costumbre existe más extendida en Castilla la Vieja, Aragon y Cataluña, en donde los árabes no lograron asentar sus reales con la solidez que en Valencia y Andalucía, en donde predominarian los usos orientales que dejaron arraigados en su privilegiado suelo los invasores con siete siglos de posesion.

LAS CASAS DE VECINDAD

DE AYER.

Hoy que el cosmopolitismo lo invade todo, que las costumbres locales van desapareciendo, arrebatadas en el torbellino del *progreso*: hoy que los trajes y las lenguas se confunden, que las razas se mezclan, que los tipos se borran, que hasta las barreras, al parecer insuperables, que la naturaleza habia levantado entre los diferentes pueblos del globo, caen desmoronadas bajo la poderosa mano de la civilizacion: en medio del placer que nos causa el contemplar los rápidos adelantos que, en todos los ramos del saber humano, van alcanzando las sociedades modernas, no podemos menos de sentir cierto pesar, cuando miramos hundirse y desaparecer usos, costumbres y cuadros sociales que estaban identificados con nuestro ser, con nuestra vida.

Tan rápida es la carrera con que tales

usos, costumbres y cuadros se van borrando unos tras otros, que apenas si, cerrando los ojos, y concentrando poderosamente la memoria, conseguimos reconstruirlos por un momento. Es indudablemente muy pequeño el interés que merece la pérdida que lamentamos, si se la compara con las inmensas ventajas del progreso, como es siempre muy inferior el interés particular relativamente al general. Ninguna de estas consideraciones se oculta á nuestra vista; pero aun así, no podemos desechar por completo el sentimiento de que hablamos antes.

El ornato público, la salubridad, el alineamiento que da regularidad, ya que no belleza, á las grandes capitales; el deseo de vivir independientes, aislados, para sentirse más dueño cada cual de sus acciones; en una palabra, el espíritu moderno ha concluido con muchas cosas, á lo menos en España, y sobre todo en Madrid. Entre esas muchas cosas que han desaparecido, se encuentra *La Casa de Vecindad*, objeto de estas mal trazadas líneas.

Puesto que vamos á procurar describirla, y ya que á tanto nos atrevemos, para salir airoso de la empresa quisiéramos poseer, ó el pincel de *Teniers*, ó la gráfica pluma de *El*

Curioso Parlante. Quizá entonces conseguiríamos delinear á nuestros jóvenes lectores, á los que contando solo veinte años, ó no habiendo venido nunca á la córte, ignorasen lo que es una *Casa de Vecindad*, delinearles, repetimos, uno de los más curiosos cuadros de costumbres que haya jamás trazado la pluma ó el pincel. No poseemos, desgraciadamente, ninguno de los dos medios indicados para conseguir nuestro objeto; pero á falta de tales recursos, apelaremos solo al débil colorido que ha quedado en nuestra memoria.

Hoy en Madrid existen todavía algunas casas de vecindad; pero apenas si merecen el nombre de tales, no conservando, no solo las costumbres típicas de las antiguas, sino ni siquiera la forma. Nosotros todavía recordamos las más célebres, y esas habrán de servirnos de patron para este mediano *croquis*.

¿Qué español no habrá oído nombrar en su vida la *Casa de Tócame-Roque*? Pues bien, la *Casa de Tócame-Roque*, la de las *Pasiegas*, la del *Nuncio*, la *Casa de los Mudos*, la *Casa del Cura*, la de los *Duendes*, la de los *Moros*, las *Casas de Juan García*, las de *Belenes*, la de la *Meca*, la de la *Bodega*, la del *Castillo de Carlos V*, la de las *Angarillas*, la del *Sagra-*

rio, la de la *Rábia*, la de las *Cadenas*, de las que hoy apenas quedan vestigios de unas, mientras que otras están completamente reformadas, serán las que trataremos de reedificar, por un momento, para dárselas á conocer al lector, justificando así el epigrafe puesto á la cabeza de este artículo.

La moderna casa de vecindad, es simplemente un edificio grande que, por lo regular, consta de un portal seguido de un patio cuadrado. En el portal está la escalera principal, y en el patio la interior que conduce á los corredores. Habitualmente consta este feo edificio de cuatro ó más pisos; teniendo los de la escalera principal dos cuartos cada uno, y en los corredores, á los que conduce la escalera del patio, seis, ocho y hasta diez en cada piso, lo que dá un resultado de ciento diez habitaciones, ó lo que es lo mismo, en esta grande jaula pueden vivir y viven *ciento diez familias*; pero tan aisladas, tan extrañas entre sí, que ni se conocen, ni se saludan, ni se sirven mutuamente en ninguno de esos mil pequeños apuros de la vida.

Veamos ahora si nos es posible pintar lo que era la antigua *Casa de Vecindad*, para lo cual puede servirnos de tipo cualquiera de las que antes hemos citado.

La *Casa de Tócame-Roque*, sita en el final de la calle Real del Barquillo de Madrid, ocupaba un perímetro cuadrado que á estar sembrado de trigo, bien pudiera asegurarse que llenaria más de una panera de las que existían en los antiguos conventos. Constaba solo de piso bajo, principal y *boardillas*, de aquellas de tronera saliente, como se ven algunas, aunque pocas, en las casas más antiguas de la grandiosa calle de Alcalá, orgullo de la capital de España. Un gran patio, empedrado de cuña, y rodeado de soportales, servía de lavadero comun, solana, tendedero y salon de tertulia en verano, á todo aquel pueblo en miniatura. En el centro del patio, una fuente y un pozo, con varias pilas de piedra berroqueña, surtian de agua potable la una y para la limpieza el otro, á toda la comunidad. Una ancha polea de madera, enclavada en el centro del portalon, sostenía un gran farol con candileja de dos mecheros. Este farol, alimentado con aceite de oliva, lucía invariablemente, en invierno y en verano, hasta las doce de la noche, y el gasto ocasionado se pagaba á prorrateo entre todos los vecinos.

La *Casa de Tócame-Roque*, ó cualquiera otra de las que hemos citado, contenía dentro de sus muros todo un pueblo que, durante

tres ó más generaciones, no habia cambiado de domicilio ninguno de sus individuos, sino cuando le habian sacado, segun ellos decian en su gráfico lenguaje, «con los piés para adelante.» Lo heterogéneo y abigarrado de sus habitantes, no era lo que menos carácter prestaba á la casa de vecindad. Por punto general, en la parte aristocrática, es decir, en el piso principal y en las habitaciones que ocupaban el lienzo de la fachada, solian vivir algunos oficiales retirados: tal cual médico que, por supuesto, no era de los que hacen sus visitas en coche propio; algun sacerdote de los agregados á la parroquia; dos ó tres escribientes de las oficinas del Estado, ó de casas particulares, y por último, el casero, el hombre feliz, el tranquilo poseedor de la finca que, obrando como un sábio, no tenia administrador, cobraba él mismo los alquileres, y no careciendo tampoco de filosofía, escuchaba con paciencia ejemplar las mil disputas, cuentos, chismes y demás pequeñeces que tenian lugar en aquella república, de la cual era el presidente.

No menos pintoresca y variada era la vecindad del resto del piso principal, diseminada en los otros lienzos del edificio. Planchadoras, costureras, sastres, floristas, guan-



teras, ribeteadoras, costureras *del corte*, oficiales de sombrerero, tejedoras de flecos y cintas, calceteras, palilleras, botoneras, todo un mundo, en fin, de industria y de trabajo, una colmena, un hormiguero, en el que no se veían sino manos que trabajaban y bocas que reían, charlaban y cantaban: todo alegría, ruido y animación. En este piso dominaba el elemento femenino.

El piso bajo aun presentaba más curiosos detalles. El lienzo exterior estaba destinado, como si dijéramos, al comercio de aquella colonia. Ocho, diez y á veces más puertas, sin contar la entrada principal, daban espacio para otras tantas industrias. Había, invariablemente, un cirujano, un barbero sangrador y saca-muelas, con todos los accesorios de su profesion, es decir, un portal-tienda con su correspondiente muestra, una redoma llena de sanguijuelas, dos vacías colgadas á los dos lados de la muestra, y en el portal-tienda dos poltronas de paja, dos espejos no muy grandes, apoyados cada uno en una mesa de madera pintada, que servía para contener los peines y demás utensilios de tocador, y la indispensable guitarra, ni más ni menos que en tiempo de *El Lazarillo de Tormes*. Un herrero-cerrajero, un hojalatero, una

tienda de *obra prima* (calzado nuevo), un puesto de pan, otro de frutas, una carbonería, una ó dos tiendas de comestibles, una carnicería, un par de tabernas y alguna otra tienda, de esas en que se vende un poco de todo, llenaban los portales.

En el patio la decoracion cambiaba por completo, sin que fuera por eso menos pintoresca. Las industrias ruidosas tenian allí su natural asiento para de este modo incomodar menos al resto de los vecinos. Allí se veian en armoniosa confusion el banco del carpintero, la *tayuela* del zapatero remendon, el afilador con su carrito portátil, el sartenero y caldedero ambulante, que componia las piezas deterioradas de las espeteras de segundo orden, el sillero de viejo, el sastre de idem, el panderetero, el tejedor de enjalmas, y otros artefactos no menos curiosos. Habitaban además, en algunos de los cuartos bajos, lavanderas de oficio y vendedoras de frutas y verduras, que la mayor parte del dia estaban fuera de la casa.

Resta todavía hablar de las boardillas. Estas eran ocupadas habitualmente por mujeres, y alguno que otro anciano, viudo ó solteron, ya músico de murga, ó bien cesante con poco sueldo.

Las vecinas de las boardillas eran jóvenes ó viejas indistintamente, y sus ocupaciones tan variadas como sus tipos. Solian ser viudas, ó hijas de militares de baja graduacion, con pretensiones de señoras, pobres como las ratas, orgullosas como reinas, y alguna que otra vez *entretenidas*. Tambien solia encontrarse una comadrona, y una que *echase las cartas*, especie de gitana nacida en *las Vistillas* ó en *Lavapiés*.

Tal era, si mal no recordamos, el variado conjunto que ofrecian los habitantes de la antigua *Casa de Vecindad* en Madrid. Pero si el conjunto era curioso, no lo era menos su modo de vivir en aquella colonia, en aquella especie de isla, implantada en medio del Océano de la córte. Todos los vecinos, en particular los de los pisos bajo y principal, formaban casi una familia. El gallardo hijo del carpintero del patio tomaba por esposa á la graciosa florista, ó á la vivaracha costurera del corredor. La hija del oficial retirado no se desdeñaba de escuchar los requiebros del cirujano-comadron, cuando éste era soltero y jóven, y de aquí salia otra boda.

El sastre y la modista, el zapatero y la oficiala de sombrerero, la tejedora y el boto-nero, el dueño de la taberna y la dueña de la

panadería, eran otro plantel de matrimonios; y en medio de la libertad, de la confianza y del comunismo de domicilio, muy rara vez tenia lugar una seducción. Los vecinos se auxiliaban mutuamente en sus apuros, se consolaban en sus desgracias, se acompañaban en los dias de duelo y de placer. Una boda y un bautizo tenian tantos convidados como personas vivian en la casa: el cadáver de un vecino llevaba al cementerio un duelo más numeroso que el de un magnate.

Era, por demás, consolador ver la solicitud con que todos acudian allí donde el dolor y la muerte habian entrado. Si se trataba de sacramentar á un enfermo, el Santo Viático era reverentemente acompañado por todos los habitantes de la casa, sin distincion de sexo ni edad: el señor cura, que vivia en la misma, era el consuelo de aquellas pobres gentes, que decian: «á lo menos si enfermamos de repente no moriremos sin confesion.»

Ya se deja comprender que esta medalla tendria su reverso, y que no siempre reinaria una paz octaviana en esta especie de colonia, compuesta de tan diversos elementos. Las disputas, los cuentos, las murmuraciones y todo cuanto de ruin y malévoló tiene la naturaleza humana, tomaba asiento, como

en su sitio natural, entre las paredes de la *La Casa de Vecindad*, dando lugar á más de una escena ruidosa, en la que solian tomar cartas los alguaciles unas veces, y el casero otras: mas á la simple amenaza de cualquiera de las dos autoridades, sobre todo de la segunda, terminaba el incidente, con solo algun desperfecto en el peinado de las contendientes, porque casi siempre eran *ellas* las promovedoras del escándalo: las amistades tornaban á restablecerse hasta nueva ocasion, y continuaba la vida tan en comun como antes.

No aseguramos que sea un mal el que *La Casa de Vecindad*, tal como acabamos de pintarla, haya desaparecido casi por completo; pero tampoco afirmaremos en absoluto que sea un bien. En las grandes poblaciones en donde la miseria es tambien muy grande, el auxilio mútuo remedia muchas necesidades y enjuga muchas lágrimas. No es posible figurarse, sin haberlo visto y estudiado detenidamente, cuán ingeniosa es la caridad del pobre para con el pobre, cómo se consuelan y animan unos á otros esos infelices artesanos, para los cuales un dia sin trabajo es un dia sin pan, y una calentura tiene por perspectiva el frio lecho de un hospital. Ellos

encuentran para auxiliar á su prójimo recursos desconocidos, palabras que salen del fondo del alma, fuerzas de la debilidad, consuelo de la misma desgracia; y el que vivia ó vive en una de esas casas, aunque sea huérfano y sin familia, no se cree solo. Más de un niño, que hoy es hombre, no ha conocido otros padres que los honrados vecinos de su casa, que le recogieron al pié del lecho en que murió su pobre madre. Más de una niña, que hoy es mujer, esposa y madre, tiene la misma historia.

Séanos, pues, permitido sentir la desaparicion de este cuadro social que acabamos de bosquejar, como sentiríamos ver secarse los grandes árboles que dieron sombra á los juegos de nuestra infancia, siquiera porque su desaparicion acusa lo rápidamente que pasa todo en este mundo, porque al derribarse las paredes de un edificio demuestra la debilidad de las cosas humanas; al secarse las ramas de un árbol se llevan entre sus hojas la lozanía de nuestra juventud, y al borrarse una costumbre de la sociedad nos enseña que nada hay estable en la vida.

LAS CASAS DE VECINDAD.

—

DE HOY.

No solamente artículos de costumbres llenos de sal ática, sino verdaderas fotografías, con toda su descarnada realidad, deberian hacerse de algunos de los cuadros sociales que ofrece la capital de España, porque de su conocimiento podria sacarse provechosa enseñanza para el porvenir, si es que, mirando hácia adelante, queremos hacer algo en pró de la humanidad, deber ineludible en el que todos estamos.

No declamaciones, no la pintura de quiméricas utopias es lo que el pueblo necesita, sino hechos prácticos, enseñanzas provechosas, luz que disipe sus tinieblas, instruccion que le ponga al abrigo de las pasiones bastardas y le saque de la abyeccion en que hoy gime, del fango en que hoy se revuelca. ¿Qué es lo que se hace para este fin? Algo, sin duda; pero no todo lo que deberia hacerse. Los que

declaman, los que, con trágicos ademanes, lamentan los extravíos en que algunos infelices incurren, que miren un poco menos á lo alto, y descendiendo al fondo de la sentina conocerán la causa de los miasmas que, al salir á la superficie, turban la razon y conducen á la locura.

La *Casa de vecindad* de hoy, no se parece, ni con mucho, á la que en el anterior artículo procuramos describir. El infecto tugurio, falto de luz, de sol y de aire que, en ciertos barrios de la córte, se conoce con el título de *Casa de vecindad*, no es la agrupacion de pequeñas viviendas que allí pintamos, ocupadas por inquilinos, pobres obreros unos, industriales otros, pero todos honrados, probos, unidos entre sí por el doble lazo de la caridad y de la amistad; pues concluian por ser amigos aquellos que, año tras año, vivian casi en comunidad. Alegre, hasta cierto punto, puede decirse que era el cuadro que bosquejamos, y de seguro que ninguna impresion dolorosa dejó en el ánimo de nuestros lectores, porque la verdad de colorido que procuramos darle no tenia tintas sombrías. Desgiaciadamente el que vamos á trazar es tambien verdadero, pero lleno de horror como las cavernas.

I.

Una entrada sombría, como la de un agujero abierto sobre un abismo; un estrecho y súcio portal, largo, mal empedrado, con paredes húmedas y viscosas, cuyo revestimiento parece que nunca fué blanco, y cuya argamasa se desmorona á impulso de esa misma humedad, que está en el aire que allí se respira, dá paso á los grandes corrales que constituyen las casas ó manzanas de.... Por desgracia son todas tan parecidas entre sí, que la pintura de una sola bastará para dar idea de las demás.

En general estos tugurios, mal llamados casas de vecindad, son de las conocidas por *casas á la malicia*, y constan solo de un piso bajo. Poco importa para el caso que entre ellas haya alguna que tenga dos ó más pisos altos; no por eso cambian las condiciones higiénicas y de moralidad.

Volvamos ahora á la descripción, si esto es posible sin asfixiarnos, pasando por el estrecho callejon-portal, hasta el patio ó corral donde están situados los cuartos. Para nuestro cuadro tomaremos una de las casas de... situada al final de la calle H y señalada con

el número O. Despues de una fachada in-
munda, con agujeros por ventanas, atrave-
sando el estrecho zaguan, llegaremos al pa-
tio, circuido de viejos soportales, formados
por pilastras de madera carcomida, y bajo
estos soportales veremos unas aberturas, ba-
jas y estrechas, encima de cada cual hay un
número pintado con almagre, que parece
una mancha de sangre ennegrecida. Es el
número del cuarto, y cada uno de estos per-
tenece á un inquilino. ¿Qué condiciones de
vida, de salubridad, y hasta de moralidad tie-
nen estas viviendas? Cada uno de estos cuar-
tos consta de dos ó tres piezas, á saber: la de
la entrada, que es un espacio cuadrado de
algunas varas, y en uno de los lienzos uno ó
dos nichos, bautizados con el nombre de al-
cobas. Para dar paso al aire, y á la luz, tienen
estas piezas la puerta de entrada y una pe-
queña ventana, abierta en el mismo lienzo
de aquella: visto un cuarto están vistos to-
dos. Cada patio suele contener de quince á
veinte, y entre todos los séres vivientes allí
encerrados, se reparten el escaso ambiente
que hasta el patio llega, cernido al través de
las altas paredes de las casas contiguas.

Descrito el cuarto, puede, desde luego,
pasarse á conocer á los habitantes, porque el

mueblaje no habrá de entretenernos mucho. Las sillas son desconocidas; las camas innecesarias; el menaje de cocina es tan inútil como los lechos. Los inquilinos de tales casas comen siempre fuera de ellas; pertenecen á la clase de los que hacen la vida de café y fonda, solo que el café es la taberna, y la fonda el inmundo figon.

¿De qué viven? ¿Quiénes son? ¿Cuál es su oficio? Ninguno. Todos los vecinos de las *casas de...* por lo general son *industriales*. Todos ejercen esos tráficos indefinibles é imposibles de deslindar unos de otros. Son trapeeros, ropavejeros, compran y venden artículos sin nombre, forma ni color; desde el vestido usado, viejo, casi inservible, hasta los menudugos de pan que, por duros y enmohecidos, los rechazan los perros hambrientos; los huesos de la fruta, las esteras viejas, el calzado viejo, el hierro viejo, el cristal roto, las cenizas del hogar, las cáscaras de los huevos, pedazos de algo que fué, pero de lo que se ha perdido hasta el nombre, plumas de ave, cabellos humanos, pieles de animales domésticos, las túbias y los cascos de las reses pequeñas, como corderos y cabritos, el escremento de las palomas y de los perros, todo, en fin, cuando se arroja al basurero es

objeto de especulacion para aquellos industriales. Tan extraños objetos, tantos restos de algo que fué inmundo, sucio, informe, descompuesto, llenan los miserables tugurios, de lo cual resulta que ni siquiera les pertenecen como vivienda, pues tienen que destinarlos á sus distintas industrias.

Ahora bien, ¿qué resulta de todo esto? Lo que es natural. El espacio cuadrado del patio en verano, y los corredores ó soportales en invierno, sirven de alcoba comun. Revueltos en confuso *Pandemonium*, duermen hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hermanos y hermanas, porque cada agujero señalado con un número contiene algunos seres humanos.

II.

Despues de todo esto, hablemos de la familia: puesto que hemos bosquejado la jaula, veamos el pájaro. Un hombre, ni joven, ni viejo; una mujer que solo tiene de tal el vestido; pero que su voz, su figura, sus maneras y su lenguaje en nada se diferencian de la voz, la figura, las maneras y el lenguaje de los hombres: tres ó cuatro chicos, entre varones y hembras, sucios, rotos, escuálidos, macilentos, para los cuales la infancia, con sus

gracias, su inocencia y travesura no ha existido; pobres séres venidos al mundo por las puertas de la miseria y del vicio, y para quienes la esperanza no tiene prismas, ni flores la primavera, ni rayos el sol, forman el total de contingente que va á engrosar el charco comun.

Poco importa que aquel hombre y aquella mujer constituyan un matrimonio, ó les una cualquier otro lazo; la moralidad es la misma, porque, ante todo, faltan en su mente las nociones del deber, las ideas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Respecto á los niños sucede lo mismo. Para estas criaturas, que carecen de aire, de sol, muchos dias de pan, casi siempre de abrigo, y constantemente de cariño y de cuidados, poco importa, tambien, que aquel hombre y aquella mujer sean sus padres, pues nunca tendrán para ellos el deber de amarles y respetarles: nadie, al menos, se tomó el trabajo de decirles que lo hagan.

Sin profundizar más, para que el cieno que allí se esconde no se haga tan infecto que nos asfixie, ya creemos haber dicho lo bastante para dar una idea de lo que puede hallarse en las *Casas de...* foco constante de inmundicia social.

De la vida que allí se hace, de los crímenes que se traman, y que si la mayor parte de ellos no abortaran bastarian á imponer miedo al resto de la sociedad; de lo escaso é ineficaz de las medidas que las autoridades toman para evitar mayores males, no podemos ocuparnos nosotros, pobres mujeres, cuyos nervios se resisten al contacto de ciertas miserias, como se pliega la sensitiva bajo la larva. Haciendo un esfuerzo de energía, hemos querido trazar este sombrío cuadro social, señalándole como una llaga que debería cauterizarse, para reservar el resto del cuerpo de la gangrena; pero al levantar el apósito retrocedemos horrorizadós: sin embargo, no terminaremos sin añadir que la ignorancia es, á nuestro juicio, la causa primordial de que esos focos de corrupcion existan.

Las *Casas de...* albergan una porcion de séres sin instruccion de ninguna especie, sin nociones de deberes ni derechos, entregados solamente, y en absoluto, á los instintos groseros de la materia bruta; y si á esto se agregan las malas condiciones higiénicas en que viven, la constante miseria que les rodea y el abandono en que yacen, se comprenderá perfectamente todo lo que de tales causas resulta. Cuando recordamos y analizamos todos

estos horribles detalles, estamos prontos á proclamar la honradez intuitiva, toda vez que con tantos elementos de desmoralizacion el mal no es cada dia mayor, hasta llegar á ser irremediable.

Nunca nos cansaremos de decirlo: la piqueta que ha de demoler las *Casas de...* y otros muchos de esos miserables tugurios, ha de ser la instruccion dada al pueblo. La ignorancia es el puntal más fuerte que tiene para apoyarse la desmoralizacion. El pueblo inteligente é ilustrado, hallaria el camino por sí mismo de salir de la abyeccion, y el deseo natural en sus individuos de elevarse, de vivir como séres humanos, dejaria vacíos esos focos de inmundicia, hasta que la mano del tiempo se encargara de su completa destruccion. Que aquellos niños de quienes hemos hablado, y que yacen abandonados á sí mismos, viviendo sin aire ni sol, reciban alguna idea del bien y del mal, alguna nocion religiosa, y la generacion que nos suceda verá desaparecer del panorama social estos cuadros sombríos.

EL DECHADO (1).

Hay en casi todas las capitales de provincia, y muy particularmente en Barcelona y Madrid, unos establecimientos, una clase de industria, una cosa, así como tiendas, en donde jamás hemos podido entrar sin que se haya contristado nuestro ánimo, recibiendo una impresion tan dolorosa, que sólo hemos podido compararla á la que se siente al recorrer los salones de un hospital. En vano hemos procurado, para desechar dicha impresion, buscar el lado cómico del cuadro que, lo mismo que todas las cosas de la vida, ésta tiene su parte risible y grotesca; no nos ha sido posible conseguirlo. Este comercio, ó mejor dicho, los establecimientos

(1) Este artículo publicado en el periódico político *La Mañana*, lo reprodujeron al dia siguiente cuatro periódicos de Madrid, y en muy pocos dias hasta 19 de provincias.

en que se ejerce esta industria, son las *prenderías*. Como atraídos por una fuerza irresistible, muchas veces hemos penetrado en una prendería sin intención de comprar nada, y sólo obedeciendo á un deseo, que pronto se ha convertido en profundo disgusto, en el momento en que, ciertos dolorosos detalles han herido nuestra sobreescitada imaginación. Al encontrarnos rodeados de tan diferentes objetos, al tropezar la mirada en tan heterogéneos utensilios, al examinar detenidamente aquellos testigos mudos de las íntimas alegrías, y de los íntimos pesares de tantas familias que, la muerte ó la desgracia, han diseminado quizá muy léjos, mil tristes pensamientos han surgido en nuestra mente. ¡Cuántas dolorosas historias, cuántos dramas oscuros pero terribles, cuántos secretos dolorosos no se esconderán entre los negros rincones en que yacen hacinados los muebles, los trajes, los objetos todos que contiene una prendería? Desde el dorado lecho, resto del espléndido mobiliario de la impúdica cortesana, hasta el modesto catre de madera, en el que exhaló su último suspiro el infeliz anciano, muerto quizá de hambre en una pobre buhardilla; desde los ricos cortinajes que cubrieran la entrada del santua-

rio del placer y de la orgía, hasta el miserable colchon en que reclinó sus ateridos miembros la pobre viuda ó el desamparado huérfano. ¡Qué insondable abismo de dolores! ¡Qué negro fondo, del cual se destacan las tétricas figuras del abandono, la miseria, el vicio, y á veces hasta el crimen!

En la prendería, primera sucursal del Rastro de Madrid, de los Encantes en Barcelona, y del Temple en París, se ven palpar esos dolores secretos, esos dramas íntimos, esas catástrofes de familia que tantos pesares encierran.

*gen los
jueves
de Sevilla*

Allí, en aquellos muebles, en aquellos trajes, en aquellos restos, en fin, tan necesarios á los usos de la vida, se siente aun el calor del cuerpo que abrigaron, se toca la humedad de las lágrimas, se percibe el perfume de los cabellos.

Muchas veces esos muebles, esos trajes, esos diferentes objetos, permanecen meses y meses en un mismo sitio, sin que nadie les toque ni pretenda comprarlos, y conservan su rigidez muda y fria, ofreciéndose á las miradas de los indiferentes como sin ningun valor, cuando tanto tenian para sus primitivos poseedores.

Hay, sobre todo, entre los múltiples objetos

que suele encerrar una *prendería*, algunos condenados á olvido casi eterno: á ser mirados por los ojos de los extraños con la más suprema indiferencia; y precisamente estos objetos fueron los que un día ocuparon en el hogar doméstico, en el santuario de la familia, un sitio de preferencia.

Como no sea para raspar la pintura y utilizar el lienzo, nadie piensa en comprar un retrato, y año tras año permanecen éstos en las prenderías, adornando las paredes de los inmundos portales en que aquellas están establecidas, y sin embargo nada más querido que un retrato de familia. El primer boceto que dibujó el primogénito de la casa corre la misma suerte. Aquel ramo de flores, aquella acuarela que tan primorosamente pintó la niña, mereciendo por ello los plácemes de parientes y amigos, hoy tiene por marco polvorientas telas de araña, y las moscas se han encargado de aumentar y recargar los dibujos. La cestita de abalorios, el florero de semillas de espárrago que semejan á brillantes granos de coral, el acerico bordado de lentejuelas, y el almohadon de tapicería, primores que tantos besos arrancaron á los labios maternos, yacen en un rincon, hacinados, súcios, informes, casi repugnantes.

Lo que hoy ha puesto la pluma en nuestra mano, es precisamente la dolorosa historia de uno de esos objetos que acabamos de mencionar.

Al pasar hace pocos días por una prendería, sita en la calle de Tudescos, nos llamó la atención una pobre anciana que contemplaba con doloroso arrobamiento un cuadro, dentro de cuyo marco dorado, ennegrecido por el tiempo y la humedad, se medio adivinaba un lienzo bordado con sedas de colores. Era un abecedario, ó mejor dicho, lo que se conoce en la escuela de niñas con el título de un *dechado*. Después de tener bordadas, por su orden, todas las letras del alfabeto, primero mayúsculas y luego minúsculas, y los números desde el uno al diez, terminaba con esta sencilla dedicatoria: *Lo hizo para sus queridos padres, Luisa Romeral, Año de 1845.*

La pobre vieja había continuado en éxtasis, mientras nosotros descifrábamos las letras que, casi borrados los colores, apenas podían leerse, y cuando volvimos la cabeza para mirarla, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, yendo á perderse en las profundas arrugas que orlaban su boca contraída por el dolor. Sin duda la compasión que sen-

tíamos, debió retratarse en nuestro semblante, porque la pobre mujer, enjugando sus ojos—«era mi hija,» dijo, con tan sentido y doloroso acento, que parecía que el alma quería salir envuelta en los sollozos.—Mi hija, sí; mi Luisa; la alegría de nuestra casa, la luz de mis ojos, el ángel de mi pobre hogar. Aún me parece que la veo, continuó diciendo la pobre anciana, aún me parece que la veo inclinar su rubia cabecita sobre la almohadilla, y con sus rosados deditos bordar estas letras y sonreír, tapándolas con su blanca manita, cuando su padre ó yo nos acercábamos para mirarlas. ¡Hija mia! ¡hija mia! De esto han pasado más de treinta años, siguió diciendo; veinte hace ya que murió mi Luisa, agostándose como una pobre flor á la que la falta el aire y el sol, cuando iba á cumplir diez y ocho años, y prometía ser el amparo de nuestra vejez; pero, en fin, Dios lo quiso. Mientras tuve mi pobre casita y mis viejos muebles, aun nos quedaba algo de ella. Su padre y yo veíamos todos los días la silla en que se sentaba, su camita cubierta de blanco, como el nido de una paloma, la almohadilla en que bordaba, y sobre todo, ese cuadro en el que están escritas por ella las cariñosas palabras: *para mis queridos padres.*

Todo esto formaba parte de mi hija, y yo no creía estar sola. Hoy nada, nada me queda de ella, y necesito morir para encontrarla allá arriba.

Imposible era escuchar á la infeliz madre sin sentirse desgarrado por aquel inmenso dolor.

Entró la anciana en la prendería, y continuó, entre sollozos, contando su triste historia. Su hija habia muerto de esa terrible enfermedad que agosta en flor tantas risueñas existencias: la *tisis*; y los dos infelices ancianos, al verse abandonados por aquel rayo de sol que alegraba su vida, comenzaron á declinar hácia el sepulcro, viviendo sólo de una manera automática, concentrando todos sus pensamientos en el recuerdo del sér amado que habian perdido. La miseria llamó con harta frecuencia á las puertas de su pobre hogar, y por último la desgraciada madre, perdida la razon, fué trasladada al hospital general primero, y despues al manicomio de Barcelona. El padre, más desgraciado aún que la pobre démente, arrastró durante cinco años una miserable existencia, muriendo al fin, en medio del más triste abandono. Nada le quedaba al infeliz más que el duro lecho en que espiró, dos ó tres

sillas, y el cuadro que encerraba el *dechado* de Luisa.

Las vecinas que le asistieron en su última enfermedad, luego que murió, llamaron á un prendero para venderle los muebles, y pagar con su importe á los mozos de la parroquia que se llevaron el cadáver. De este modo fué á parar á la prendería el *dechado*, que nada valia, y que desde el dia siguiente fué destinado á llenar un hueco entre dos estampas litografiadas que representaba á *Chactas* y *Atala*, con las cuales adornaba la puerta el dueño del establecimiento, sirviendo como de anuncio de su industria.

Más de un año pasó aun desde la muerte del padre de Luisa, hasta que su madre vino á Madrid vuelta á la razon. Lo que la esperaba era bastante para perderla nuevamente; pero la naturaleza tiene misteriosas contradicciones que escapan á todo cálculo. La anciana resistió el golpe; buscó en el más rudo trabajo los medios de subvenir á sus necesidades, se hizo asistenta, y pasaba el dia desempeñando tan fatigosa tarea, pero sin olvidar un solo instante á su Luisa, de la que nada le restaba más que la imágen de su bello rostro, que ella guardaba grabada en su corazon de madre. En vano habia inquirido y

preguntado por el cuadro: nadie la daba razón. Con afanoso cuidado recorría, siempre que la era posible, las prenderías, buscando con ansiosa mirada su perdido tesoro, por el que estaba dispuesta á dar hasta su último bocado de pan.

Todo habia sido inútil; y cuando ya habia perdido toda esperanza, acababa de hallar lo que buscaba. En los primeros momentos todos creimos que la pobre anciana iba á sucumbir á la emocion, mas al fin conseguimos tranquilizarla, ofreciéndola el cuadro del *dechado*, que besaba y abrazaba trémula de alegría.

—Venga Vd., la decia el dueño de la prendería, con los ojos arrasados en llanto; vengan Vd., pobre madre, regístrelo todo, y si hay entre los muebles alguno que haya sido de Vd. yo se lo cedo, y quiera Dios que no venga jamás á mis manos nada que cueste tantas lágrimas.

—Eso es imposible, dijimos nosotros. La historia de este cuadro es casi la de todos los diferentes objetos que forman vuestro comercio. Lágrimas, miseria, abandono: hé aquí lo que pudiera escribirse en lugar del rótulo que sirve para anunciar la *prendería*.

LOS MANTOS.

I.

Los que acusan hoy á la mujer de usar artificiosos ardides para realzar sus encantos; los que censuran las frivolidades de la moda, y los que dicen, en fin, que todo el conato femenino está encaminado á disfrazar los defectos y realzar las bellezas, no hacen más que repetir lo que se ha dicho de la mujer en todos los tiempos, ni censuran nada nuevo, porque tan antiguo como el mundo es el deseo de agradar en la mujer, y en este deseo están basados todos los esfuerzos que, para ser bella, ha hecho y hará, mientras la humanidad exista.

Con muy poco que se registre la historia, se encuentra que en todos los pueblos, y bajo todas las dominaciones, el culto á la moda ha sido siempre mucho más exagerado que hoy, y mayores sus artificios. En Egipto, en donde la civilizacion es más antigua que en

ningun otro punto del globo, el refinamiento del lujo femenino llegó hasta donde quizá no volverá á llegar jamás. La China es otro ejemplo de esta verdad desde hace miles de siglos, toda vez que los historiadores conceden á este pueblo una antigüedad que no alcanza ningun otro. Grecia, la artista Grecia, llevó el culto de la belleza hasta los últimos límites de lo posible; y el lujo, apéndice natural de la hermosura, rayó tan alto en aquel pueblo, que sus mujeres impusieron la ley de sus modas al resto del mundo.

Vino despues Roma, la Roma del imperio, y sus matronas, de las que se habia dicho «hiló lana para sus vestidos, y crió hijos para la patria,» dejaron muy atrás á las *Etaires* griegas en punto á lujo y refinamiento. Cayó el imperio romano, invadieron los bárbaros el mundo civilizado, impusieron leyes y costumbres á las naciones vencidas; pero ellos, á su vez, tomaron de aquellos á quienes acababan de avasallar, antes quizá que las artes y las ciencias, el lujo fastuoso, exagerándolo aún más, y las mujeres bárbaras fueron muy pronto maestras en el arte de embellecerse. Nada decimos del pueblo árabe, porque harto sabido es que, en medio de las vicisitudes por que ha pasado, de sus largas y atrevidas



conquistas, y hasta de la vida nómada que hizo durante muchos siglos, jamás descuidó el lujo para sus mujeres, poseyendo éstas el secreto de ser hermosas de un modo casi absoluto. Fijándose, pues, en esta breve reseña que acabamos de hacer, y viniendo al punto de partida, puede repetirse que no sólo los censores de hoy no tienen nada nuevo que reprender en cuanto á la coquetería femenina, sino que hemos llegado á una sencillez relativa en los trajes y adornos, y que el atavío de la mujer es hoy mucho ménos artificioso que lo fué en otros tiempos.

Desde que la Grecia, rindiendo exagerado culto á la belleza de la forma, impuso el traje talar ceñido, todos los demás pueblos, que no podían competir con aquel, añadieron á sus trajes todo lo que debia contribuir, no sólo á realzar la belleza, sino á disimular los defectos; y quizá aquellas prendas que afectaban mayor sencillez eran las más incitantes, y una de ellas fué la que sirve de epígrafe á este artículo, y cuya historia trataremos de hacer breve y sucintamente, ofreciéndosela á nuestras lectoras por lo que tenga de curiosa.